

A woman with her hair styled in an updo, wearing a dark red strapless dress, a pearl necklace, and multiple bracelets, is sitting on a light-colored wicker chair. She is looking off to the side. In the background, the Arc de Triomphe in Paris is visible under a clear sky. The overall scene is set in a park-like area with trees and a paved ground.

*Luchando
por tu
amor*

Oliver Cruz

Luchando por tu amor

©Todos los derechos reservados.

Octubre 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

Capítulo 1

La puerta del baño se movía constantemente y mis mejillas estaban rosadas por tener que escuchar de cerca semejante espectáculo. Coloqué mis brazos sobre mi pecho, intentando no tambalearme con el movimiento y el sonido de unos pasos acercándose me alertaron.

Aunque claro, no era a mí a quien tenían precisamente que alertar. Era increíble que fuese capaz de hacer esto siendo la primera semana de clases. Definitivamente no perdonaba cualquier oportunidad.

—Bryan—susurré tocando frenéticamente la puerta. Un gemido fuerte hizo que los vellos de mi brazo se erizaran por tener que escucharlo y cerré los ojos intentando hacer que las imágenes que se habían alojado en mi cabeza producto de mi imaginación desaparecieran—Bryan, viene alguien—volví a susurrar con fuerza golpeando con más rapidez la puerta.

El movimiento había cesado, y supuse que ya habían parado. Gracias al cielo. Hebillas de pantalón se escucharon durante el proceso y mordí mis labios mirando por encima de mi hombro si las pisadas estaban a una cercanía que me pusiera más nerviosa de lo que ya estaba.

Me sostuve de la pared cuando la puerta fue abierta debido a que del impacto casi me iba hacia el piso. Bryan había salido y su cabello estaba alborotado hasta decir basta al igual que el del chico que lo acompañaba del cual no recordaba su nombre.

Bryan sonrió y mi estómago se revolvió cuando los hoyuelos de sus mejillas salieron a relucir. Pasó los dedos por su cabello rubio como el sol y mi boca se entreabrió al admirar lo hermoso que se veía cada vez que hacía eso. Su mirada se dirigió a la persona dueña de los pasos que había escuchado hace unos minutos y volteé para ver de quien se trataba.

Siendo un transeúnte más levantó su cabeza en forma de saludo y Bryan y el otro chico respondieron de la misma manera apartándose de la puerta del baño, cerrándose tras de sí.

— ¿Te veré en la tarde? —preguntó el chico a Bryan poniendo una mano sobre su mejilla.

Las cejas de él se alzaron y le dedicó la sonrisa más tierna que le había visto.

—Por supuesto—respondió, tomando la mano del chico con la suya llevándola a su boca para besarla.

Mi pecho se apretó, chirriando mis dientes ante la sensación de dolor que me provocó e intenté mirar otro lado para no seguir haciéndome daño. Me fue imposible claro, porque por puro masoquismo con el rabillo del ojo vi como con un beso en los labios culminaba su conversación.

—Adiós, Sandra—dijo el chico captando mi atención hacia él y me sorprendió que supiese mi nombre y que yo no el suyo. Sonreí de medio lado y él acarició mi cabeza antes de apartarse caminando por el largo pasillo.

Bryan había lanzado su brazo sobre mi hombro y mi pulso se aceleró de inmediato al sentir su respiración en mi cabello. Solía hacer eso todo el tiempo y aún así seguía causándome la misma sensación de emoción a la cercanía.

Aunque sabía que sólo era su mejor amiga, siempre su mejor amiga, no podía evitar sentir ese tipo de cosas cada vez que se acercaba. Pero claro, como evitarlo, si estaba perdidamente enamorada de él.

—Es hermoso, ¿no lo crees? —me preguntó, sacándome de mis pensamientos. No sabía que responder a eso porque la única persona a lo que en mi vida había considerado un adjetivo tan grande como “hermoso” era a él y porque no le había prestado mucha atención al físico del chico con el que estaba.

—Es simpático—dije forzando una sonrisa para salir de eso rápido.

—También—afirmó apretando más su agarre sobre mi cuello al entrar al aula de clases.

Le gustaba preguntarme eso cada vez que salía con un chico, como si de verdad le interesara mi opinión acerca de los pretendientes que se tomaba. Y mi respuesta casi siempre era la misma, tomando en cuenta que nunca les prestaba la suficiente atención como para saber si eran

lindos o no. Mis ojos siempre estaban concentrados en la belleza natural que emanaba hasta por los poros y luego en el pellizco emocional que me causaba ser siempre la que le cubría todas sus aventurillas.

Nos dirigimos juntos hacia los asientos de atrás que habíamos tomado como de nosotros. Mi morral había sido cambiado de lugar hacia el del lado y mi ceño se frunció al encontrar a alguien en el que había elegido como mi puesto. El agarre de Bryan se había aflojado y me hizo señas de que ya volvía.

Por primera vez en la historia, producto de ver que alguien había tenido la osadía de tomar mis cosas y moverlas de sitio sin permiso, sin prestarle mucha atención a las señas caminé rápido hacia el chico que descansaba sobre mi mesa, muy de brazos cruzados y piernas estiradas.

—Estás en mi asiento—le dije colocándome al lado de su cuerpo volviendo a fruncir el ceño cuando ni se inmutó ante mi reclamo. Nunca lo había visto en la universidad y mucho menos en esta clase, así que supuse que era nuevo. Sus brazos seguían cruzados, unos lentes de sol cubriendo su mirada que imaginé debía estar en el frente, para no estar prestándome atención. Que grosero, pensé. Puse la mano sobre la mesa dando toquecitos leves y esta vez reaccionó levantando su cara hacia la mía. El cabello parecía haberle peleado esta mañana con el peine pero aún así no se le veía mal. Tenía aspecto de extranjero. Sus ojos dentro de sus gafas se cruzaron con los míos y me intimidé al ni siquiera saber cómo era su mirada. Aún así, sin quitar mis dedos de la mesa, respiré y repetí— Estás en mi asiento.

Su ceño se frunció y tragué fuerte, nerviosa de lo que pudiera hacer. Sus manos viajaron hacia sus orejas y se sacó de ellas un par de audífonos.

— ¿Disculpa? —habló, su voz haciéndome saltar. Parecía ser sacada de una película de terror.

—Mi asiento, estás en mi asiento—repetí por tercera vez, esta vez sonando menos fuerte que las anteriores.

Me miró detenidamente por unos segundos y luego de recoger sus piernas hacia su cuerpo se levantó sin decir ni una sola palabra sentándose en el puesto que estaba diagonal a mí.

Mi boca se había abierto ante su comportamiento y lo vi apartarse y colocarse de la misma forma como estaba sentado en el mío. No pude evitar pensar que era extraño y sacudí la cabeza para alejar el pensamiento. Ya tenía mi asiento, que era lo que me importaba. Recogí mi bolso de sonde supuse él lo había puesto y lo coloqué a mis pies sosteniéndolo con ayuda de ellos.

El alboroto había comenzado a cesar en cuanto unos tacones retumbaron en el aula y pude ver a Bryan caminar rápido hacia mi puesto.

—Aquí de nuevo, lindura—dijo susurrando acomodándose en su puesto. Sonreí, embobada aún sabiendo que sólo me lo decía por cariño.

Si algo era doloroso era el estar enamorada de Bryan. Lo había conocido en secundaria, y desde allí habíamos sido inseparables. No me la pasaba con más nadie que no fuese él. Y él al principio, con nadie más que conmigo. Pero claro, algo nato que tenía Bryan era su capacidad de socializar con facilidad, fuese quien fuese. Así que obviamente con el pasar del tiempo y de los años, hizo más amigos aparte de mí y más de los que yo hubiese imaginado tener algún día.

Yo no era muy sociable que dijéramos y no porque no se me diera, era simplemente que no lo veía divertido. Llegué a socializar claro está, todos lo hacemos, pero siempre era con dobles razones que generalmente eran algo en específico que todos sabemos qué o cuando me sentía falta de atención. Aún así, yo seguía siendo su mitad, siendo a la que recurría al principio y final del día, todos los días. Su mejor amiga.

Como dije, inseparables. Así que estaba bien con eso, yo estaba perfecta sólo con tenerlo de amigo a él. Incluso habíamos elegido estudiar psicología en la misma universidad y nos esforzamos por hacer que nuestros promedios dieran la talla y quedar juntos.

Las hormonas después de un tiempo comenzaron a hacer lo suyo y me enamoré perdida y

estúpidamente de Bryan cuando cursábamos quinto año de secundaria. Para mí era casi imposible no hacerlo debido al tiempo que pasábamos juntos. Así que pensé que tal vez tuviese oportunidad. Millones de chicas llegaban pretendiendo coquetearle y eso lo convirtió en alguien muy popular. Lo veía como algo normal, Bryan siempre había sido muy atractivo y no había muchos rubios en nuestro colegio, así que el llamar la atención estaba dentro de los parámetros.

Era algo usual que incluso acudieran a mí pidiendo que se los presentara. Sin dejar de ser amable, a todas ellas las rechazó. Y eso activó en mí una esperanza sublime. Tal vez me amaba igual que yo y sólo tenía ojos para mí. Y esperé. Y esperé. No toqué, ni vi, ni besé a ningún chico durante ese lapso de tiempo. No quería sentirme... ¿infiel? Pasó rato hasta que me diera cuenta de su orientación sexual. Al principio cuando vi cómo se le quedaba mirando a los chicos y se mordía los labios, pensé que era producto de mi imaginación. Pero un día, después de clase, se quedó sólo conmigo en uno de los salones y acercándose a mí, creí que me besaría y mi corazón latió más fuerte de lo que alguna vez lo ha hecho.

En cambio de eso, sus hombros se movían frenéticamente mientras su cara se incrustaba en mi pecho y lo escuchaba llorar. A pesar de lo difícil que es entender a una persona que habla mientras llora, yo lo escuché lo más claro posible. Le gustaban los chicos, eso dijo. Lloraba por eso.

Lloraba por ser raro, dijo como dos veces. Y por miedo de cómo fuesen a ser las cosas de ahora en adelante que ya lo había descubierto por completo. No tenía duda, era homosexual. Fuera de su llanto, también había escuchado mi corazón romperse con el impacto de sus palabras. Pero recogiendo los pedazos para que no se juntaran los suyos, acaricié delicadamente su espalda susurrándole que eso no lo hacía raro. Que todo estaría bien y con todo el dolor del mundo que yo lo apoyaría en cualquier decisión que tomara luego de ello.

Asintió varias veces sin dejar de llorar, abrazándome hasta creer que el aire desaparecería de mi cuerpo.

Y bien, ese fue el día que Bryan me lo dijo, siendo yo la primera persona que lo supo. Ahora era diferente, muchas personas estaban conscientes de ello y se encontraba más abierto acerca de su orientación y podría decirse que hasta la vergüenza estúpida que lo abrumaba al principio había logrado irse poco a poco. Sus padres estaban de acuerdo y para ser sincera, eso habría sido lo único que a mí me hubiese puesto los nervios de punta de todo eso.

Seguía siendo el mismo Bryan de siempre, pero con el pequeño detalle que le gustaban los chicos. Así que allí, sola, llorando en mi habitación fue donde me tocó resignarme.

Y para más dolor aún, ni siquiera podía contárselo a él.

Resignarse fue el primer paso, pero nunca pasé el segundo que era dejar ir mi amor romántico por él. Aquí y ahora seguía envuelta entre mi propia ilusión y nunca había logrado salir de ella por mucho que lo quisiera. Ni por muchos chicos que hubiese visto, besado, tocado, y follado para que se me olvidara. Lo había visto besar chicos, tener sexo con chicos, coquetear con chicos, le había cubierto millones de veces sus escapadas y aquí seguía yo, mi estómago revolviéndose cada vez que me tocaba.

Si eso no era ser una masoquista de primera, no tenía idea de que otro nombre ponerle.

—Buenos días muchachos—dijo en voz alta la que supuse era nuestra profesora y me acomodé en mi asiento, intentando captar mi atención en nada más que en ella. Su cabello estaba recogido en una coleta alta y estaba vestida semi formal, con una bufanda amarrada a su cuello—mi nombre es Clarisa Cass y seré su profesora de programación neuro-lingüística en este semestre—se colocó al frente y dio un vistazo hacia los estudiantes.

No tenía cara de ser una perra odiosa como la última profesora que habíamos tenido y sólo podía esperar que no, porque no quería tener que volver a pasar por eso—Tú—dijo hablando en mi dirección. Mis ojos se abrieron exasperados y por un momento creí que su dedo se dirigía a mí—el chico de los audífonos—dijo y suspiré de alivio al saber que no se refería a mí—levántate, di tu nombre y por qué decidiste estudiar esta carrera.

El silencio inundó el aula por un momento y volteeé para saber qué había pasado. El chico movía la cabeza ligeramente, imaginé que al ritmo de la música que escuchaba, ajeno a todo lo que pasaba a su alrededor. Su mirada pasó por encima de todos y al ver que había una gran cantidad de personas con su atención fija en él quitó los audífonos de sus oídos.

—Bien, al parecer la música estaba buena—bromeó la profesora haciendo que las risitas se esparcieran. Fruncí los labios y él se acomodó en el asiento levantando la cabeza hacia ella—Sé los nombres de todos. Quiero que me los digan. Así que tu nombre y por qué estás aquí cariño—repitió ella con delicadeza entendiendo su seña.

—Joe—dijo a secas.

— ¿Puedes levantarte Joe? —preguntó.

El chico lo hizo con cierta rudeza en sus movimientos y colocó la mano en sus bolsillos.

—Bien, tu nombre completo y por qué estás en la carrera—volvió a repetir, esta vez sin tanta delicadeza como la anterior.

—Sólo Joe—respondió sin cambiar un poco su actitud volviendo a su silla.

El silencio seguía en pie en el aula y la profesora frunció los labios, sin parecer molesta pero tampoco contenta con lo que había pasado.

—Bien—dijo poniendo las manos sobre la mesa y haciendo un pequeño sonido con sus nudillos— ¿qué tal tú? —dijo esta vez mirando hacia la misma dirección y tragué saliva pensando en que esta si no podía ser equivocación que mirara hacia donde yo estaba.

— ¿Yo? —pregunté, algo insegura aún.

—Sí, ¿por qué? ¿También eres una chica misterio? —risas.

—No... no—negué con la cabeza apenada.

—Perfecto, entonces preciosa, tú nombre y por qué estás en la carrera.

Asentí, levantándome con dificultad al estar mi asiento pegado de más a la mesa y alisé mi pantalón como forma de calmar la ansiedad que me provocaba la mirada de todos sobre mí.

—Mi...—carraspeé mi garganta—nombre es Sandra Jensen y estoy en la carrera porque— Una ráfaga blanca pareció haber entrado por mi cabeza y me quedé paralizada por un segundo. No sé qué se me cruzaba por la mente, pero al pensar en la profundidad real de la pregunta entre en pánico al no saber que responder. La verdad del asunto es que en mi afán de seguir a Bryan a donde quiera que fuera, en cuanto mencionó que la estudiaría, de inmediato lo seguí pretendiendo que la carrera también me llamaba la atención igual que él.

No podía negarlo, si le había agarrado amor, pero no era algo que fuese precisamente mi sueño desde un principio. Así que sin querer pasar vergüenza de decir eso en voz alta, mi mete comenzó a reaccionar y a buscar en ella razones perdidas— porque es... interesante conocer la parte emocional de las personas y como se desarrollan—respiré.

—Muy bien linda, gracias—me sonrió y pareció anotar algo en su cuaderno. Mi pulso ametrallador había cesado en cuanto la atención de la gente hacia mí también cesó y mis piernas se movieron inquietas bajo la mesa mientras las voces de las demás personas resonaban en el alrededor diciendo sus nombres y el por qué.

Algunos al menos habían sido sinceros, estaban aquí porque sus padres los obligaron. Y hasta algunos dijeron que no tenían otra carrera que estudiar.

La profesora, quien había parecido ser sacada de una de esas revistas de profesoras modelos se levantó hasta que el último, que increíblemente fue Bryan terminó de hablar.

—...la psicología es una rama muy importante. Pienso que aunque sea un poco de conocimiento en cada persona de ella debería ser necesario. Así que especializarme en ella evidentemente es mi sueño y mi meta—culminó. Como todos los finales estupendos de Bryan. Era bueno con los finales. Pedirle un consejo de cómo hacer para finalizar mi amor por él tal vez sería una buena idea.

Bromeo, nunca jamás.

—Que bien muchachos—palmeó la profesora— me siento muy contenta con todas sus respuestas. A pesar de que algunos están aquí por sus padres o por pura conveniencia espero que esta materia pueda abrirles el deseo a amar la carrera—sus dedos se enredaron en unos papeles y los alzó—así que para empezar el semestre, se unirán en parejas para ir desarrollando el trabajo en el que estaremos trabajando para la entrega final.

Decir “unirse” era como chasquearle los dedos a un montón de chimpancés. Todos se movieron de entre sus sillas para juntarse con los que serían sus parejas, pero yo sólo me limité a buscar a Bryan con la mirada. Y aunque no lo encontré por la cantidad de gente que se había atravesado a mi frente estaba segura de que iríamos juntos. Era lo usual.

Hasta que la voz de Clarisa Cass nos despertó a todos de nuestra ilusión.

—Hey—una vez—Hey—dos— ¡Hey, chicos!

El revoloteo pareció calmarse un segundo y casi que pude escuchar el suspiro de la profesora.

—Dije que se unirían en parejas, no que ustedes las escogerían— y bien, eso era todo lo que necesitaba para que el revuelo volviese a hacerse presente y para que mi boca se abriera.

— ¿No escogeremos las parejas?

—No, de eso se trata este ejercicio. Si se sentaran e hicieran silencio, fuese más fácil de explicar—el chirrido de las sillas aplastó mis oídos y esta vez al voltear si logré encontrar a Bryan quien tampoco parecía contento con la idea— no se trata de hacerlo con alguien que ya conozcan, se trata de explorar a otra persona. Por eso lo he ideado de esta forma.

— ¿Y si no nos gusta con quien nos toca? —preguntó una chica de la cual ni recordaba su nombre.

—Pues te gustará a medida que pase el tiempo

—No pasará

— ¿Cómo lo sabes?

—Hay gente que nunca te gusta, por más tiempo que pase—la chica movió sus manos hacia su cabello y yo moví la cabeza. No podía estar de acuerdo o no con eso, nunca había sabido lo que era que alguien te agradara o no, porque siempre sólo había sido Bryan y nadie más.

—No puedes saber eso—sonrió con cierta superioridad pero sin llegar a ser chocante— Bien—continuó diciendo mientras se acercaba con los papeles que tenía entre sus manos hacia el primer puesto de cada fila dejando una pila de ellos en cada uno— pondrán en sus mesas la serie de pautas que deben seguir y también de acuerdo con el listado que tengo están sus nombres y los de sus parejas que yo misma me he encargado de elegir.

Las hojas pasaban de puesto en puesto y le rogué al cielo que sólo por arte de magia me tocara con Bryan.

Tomé la hoja con cierta desconfianza y suspirando con los ojos cerrados la volteé para ver el resultado. Era ahora o no entregar nunca el trabajo final.

Thompson...

— ¿Thompson? —Fruncí el ceño cuando mis ojos me permitieron ver el nombre rayado al principio— ¿Quién es Thompson? —me pregunté a mí misma y escuché un quejido diagonal hacia mí. No quise prestarle atención pero no pude evitar voltear y una presión sobre mi espalda y ahora mi pecho me inundó. La oscuridad del chico misterio se había puesto sobre mí y su boca se movió hacia arriba en una mueca. Oh, no.

De inmediato y sólo para asegurarme volví a mirar el papel donde estaba garabateado el nombre e intenté leerlo de nuevo.

—Thompson... Joe—leí en voz alta, mis ojos abriéndose como platos subiendo la cabeza.

Pero como si de una reacción inmediata se tratara, su mesa fue echada hacia adelante dejando escuchar el chirrido y sus fuertes pasos hacia la salida del salón.

Capítulo 2

¿Cuál era su maldito problema? No lo había escogido. Si quería estar molesto, no tenía que ser conmigo, pensé mientras caminaba con el ceño fruncido hacia el puesto de Bryan. Puse mi mano en su hombro y me asusté cuando reviró hacia mí al voltear.

—Cielo—se levantó tomando entre sus manos las mías, su expresión suavizándose cuando se dio cuenta de que era yo— discúlpame, habías llegado en el momento no indicado.

— ¿Qué momento es ese?

—El momento en el que descubro mi compañera—hizo una sonrisa falsa y al escuchar una voz que provenía de adelante parecida a un grito me tomó del antebrazo y caminó rápido hacia la salida del salón.

—Pero no hemos salido de clase aún...—dije mientras intentaba no morir aplastada por la puerta debido a la fuerza con la que se abrió al llevarme con tanta rapidez.

—Al carajo la clase—dijo parándose cerca del cafetín.

—Wow, tiene que haber sido muy malo para que quieras escapar así—sus dedos hicieron cosquillas en mi brazo cuando los separó de su agarre y asintió rodando los ojos.

—Lo peor, ¿recuerdas a Georgina?

— ¿Georgina?

—La chica pelirroja de primer semestre, la que estaba enamorada de mí—un chasquido sonó en mi cabeza.

— ¡Oh sí! La loca—dije sonriendo al recordar el apodo que le habíamos puesto. Ya ni podía recordar bien cuál era su nombre debido a eso y además porque, no era por ser cruel, pero ¿quién podía llamarse Georgina?

—Exacto, no hay más pruebas que eso que mi pareja para este proyecto es lo peor.

—Vamos, al menos ella está encantada de hacerlo contigo y sabes que lo harán, no es esa mi situación—ladeé la boca.

— ¿Por qué? ¿Cuál es tu pareja?

—Joe Templeton, Thompson, algo así—agité la mano derecha.

— ¿El grosero?

—Sí, ese, el “chico misterio”. Nunca había visto que alguien pusiera tan mala cara por trabajar con alguien que no conocía—resoplé.

—Eres adorable Sandra, tarde o temprano querrá hacerlo contigo—sonrió y mi sonrisa comenzó a expandirse cuando escuché lo de adorable — cosa que es estupenda porque hay algo en su misterio que lo hace ardiente— sus cejas se alzaron y mi boca terminó en una línea sin captarlo.

—Creo que no estamos en la misma página de lo que hacerlo se refiere.

—No lo sé querida, sólo digo lo que pienso

—Como siempre—concordé.

—En fin, tú estás en un infierno y yo también. Georgina es una pesadilla

—No le digas así—me compadecí un poco.

—Lo es Sandra, pasó todo primer semestre detrás de mí como un mosquito y no entiende cuando le hablas—llevó sus manos hacia su cara— ahora hará lo mismo y ya había parado. ¿Qué más tengo que hacer para que su mentecita capte que no me gustan las mujeres? ¿Es muy difícil entender que por más acoso y todo lo que hace no me gustará? —De repente el ambiente se volvió incómodo para mí y mi estómago se contrajo cuando hubo dicho lo último— no creo que sea tan difícil marcharte cuando sabes que un amor no te será correspondido. No tienes que recurrir al

acoso.

Mi boca se abrió intentando expulsar un poquito de aire y me contuve de hablar para no estropearlo. Pero Bryan no era de los que dejaba las cosas que él decía al aire, le gustaba tener respuestas fuese lo que fuese. Así que me dedicó una mirada y me alzó las cejas.

— ¿No lo crees? —preguntó y me hallé en una barricada de no saber que responder. No me gustaba mentir pero en este momento tampoco me hacía bien decir la verdad así que asentí varias veces para que al menos obtuviera una parte de la respuesta que quería—Ufff—sacudió la cabeza mientras me hacía señas para que camináramos de nuevo hacia el salón.

Las palabras de Bryan habían hecho que todo en mi sistema se revolviera y nunca se había hecho tan largo el camino del cafetín al aula como esta vez.

La puerta se abrió de un solo empujoncito y ya el profesor de valores estaba allí. Lo había visto el semestre pasado pero nos había dado una materia muy diferente a esta. De hecho, no parecía su estilo. Pero en fin, aquí estaba.

Caminé a mi puesto dejando a Bryan en el suyo y me planté allí sin escuchar nada de lo que el profesor estaba hablando. Mi cabeza aún daba vueltas y vueltas y veía necesario que parara de pensar en eso ya.

Sabía que mi situación sentimental era algo enfermiza y masoquista, pero que lo dijera el mismo Bryan así no fuese refiriéndose a mí, me hacía parecer más enfermiza de lo que ya me sentía. La chica loca al menos había sido valiente para admitirlo y no había tenido que esconderse tras años de amistad a un amor imposible. Bien, su amor seguía siendo imposible, pero al menos no había tenido que esconderse como yo.

La pregunta de Bryan también había sido concisa ¿qué más necesitaba hacer para que dejara de sentir algo por él? ¿Qué más podía saber una persona que ya lo sabía todo? En este caso yo. Sabía desde secundaria su orientación sexual. Sabía desde secundaria que era imposible. Lo sabía

muy bien. ¿Por qué carajos aún estaba enamorada de él?

Golpeé mi lápiz contra la mesa y volteé encontrándome con el asiento vacío del chico diagonal a mí, Joe. Era otro problema que tenía en mente. No sé cómo haría para que el proyecto se llevara a cabo con el historial que se había hecho él mismo hoy. No quería enfrentarme a esto.

Resoplé poniendo mi cabeza contra la mesa y un sonido parecido al de un timbre sonó y mis orejas se pusieron coloradas al sentir la vibración en mi teléfono. Maldición, siempre lo ponía en silencio.

Todos posaron su atención en mí en cuanto el habla incesante del profesor se había detenido y tomé el teléfono entre mis manos para que el sonido también se detuviera.

—Gracias Sandra—me sonrió dirigiendo la regla que tenía en sus manos hacia mí y asentí avergonzada.

Bajé la cabeza escondiéndome rápidamente detrás del chico robusto que tenía delante y encendí la pantalla del teléfono para ver quién podía estarme llamando en plenas horas de clase.

Y bien, quien más podría ser.

Mamá

Nunca había perdido la mala costumbre de contactarme en los momentos menos oportunos. Que en mi idioma y en mi vida, era precisamente estar en clases. No tenía otros momentos no oportunos.

Tristemente claro.

Coloqué el patrón y estuve a punto de devolverle la llamada cuando un mensaje sonó y temí que también se hubiese escuchado. Con la misma rapidez lo revisé y mi ceño se frunció al leer lo que decía.

Sandra ven a casa rápido, te necesito.

¿Qué...?

Marqué de nuevo su número y la contestadora se escuchó con su voz robótica y preocupante en esta ocasión.

Los recuerdos de la última vez que esas palabras habían traspasado el entendimiento en mi cerebro me inundaron como una oleada y me pegaron como una cachetada. El miedo hizo que me activara de una manera que ni yo tenía idea de que podía, y deseé que no fuese nada malo. No lo soportaría otra vez.

Mi asiento chirrió cuando me levanté y sin decir una sola palabra ni pedir permiso salí corriendo por la puerta del aula, llevando el mismo paso hasta la salida de la universidad. Iba tan rápido por primera vez en muchos años que el aire se sentía como cuchillos en mi cara. Mi cadena pegaba contra mi pecho y mis zapatos sonaban contra el frío pavimento en cada paso que daba. Mi cuerpo estaba en la peor forma para correr, no corría desde que nos obligaban en educación física en primaria.

Intenté respirar sólo por la nariz sin abrir la boca porque sabía que si lo hacía me cansaría más rápido y eso no era bueno. Al igual que el que mi madre me hubiese enviado ese mensaje.

Mi cabeza palpitaba y creí que me explotaría. ¿Qué le podría haber pasado a mamá? Sólo podía esperar que estuviese bien. Podía escuchar el pulso en mis oídos y las bocinas de los coches a mi lado.

Las personas se veían borrosas y trataba de esquivar a cada una de ellas fallando en algunos casos. Quería llorar, me sentía cansada. Pero no podía parar en un momento como este. Mi celular sonó y me tranquilé soltando un grito de susto cuando vibró en mi pierna y lo saqué apresurada para ver si se trataba de mi madre.

Bryan.

Ahg, rayos. Mordí mis labios y lo guardé, no podía perder un minuto, luego le explicaría.

Lo guardé con seguridad de que no volara mientras corría y al prepararme de nuevo para avanzar un choque duro en mi pecho me tiró al piso haciendo pegar mi trasero fuertemente contra él.

—Maldición, maldición—chillé de dolor y sacudí mi cabeza para lograr conseguir de nuevo la coordinación hacia mis piernas—lo siento—dije mientras me levantaba y lo empujaba ligeramente a quien sea que fuera alzando mis brazos y acelerando el paso.

Afortunadamente el hecho de que la universidad quedara relativamente cerca de mi casa me daba una ventaja de irme caminando todos los días. Pero correr, esto era otro nivel. Y más teniendo en la mente que algo malo podía estar pasando y que dependía de ti el llegar a tiempo o no.

Dios, me sentía tan malditamente nerviosa que mi estómago había comenzado a revolverse y creía que en cualquier segundo podría vomitar.

Me coloqué de lado para pasar el callejón que daba a mi casa y choqué con las paredes como unas cinco veces seguidas. Mi cabello había venido a dar a mi cara y al ver las escaleras mi pecho se agitó, mi cerebro mandándole señales de mucha más agilidad al subirlas. Mi mano derecha se aferró a la baranda mientras daba saltos para llegar más rápido y mi otra mano se concentró en buscar la llave guardada en mi bolsillo.

Al encontrarla me di cuenta que mis dedos temblaban y maldecí en voz baja mientras intentaba meter la que era en la cerradura.

—Abre abre abre maldición—murmuré hasta que la puerta hubo pegado contra la pared y me hube encontrado dentro de la casa. Mi vista iba desesperada hacia todos los rincones de la casa buscando algún forcejeo que me diera una pista de si algo había pasado pero todo estaba en perfecto orden como lo había dejado esta mañana. Caminé rápido por toda la casa dejando caer sin querer algunos objetos que se atravesaban en mi camino— ¿Mamá? —llamé sin encontrar respuesta. Golpeé la puerta de mi cuarto contra la pared también pero todo estaba en perfecto

estado— ¿Mamá estás ahí? —de nuevo sin respuesta. Bien, comenzaba a asustarme— ¿Mamá...?

— ¡Sandra! ¡¿Qué es todo este desorden que has hecho?! —gritó y más atrás grité yo, tomándome con fuerza de la pared de atrás, mi pecho a punto de salirse por el impacto del susto.

— ¿Estás bien mamá? ¿Te encuentras bien? —arremetí mirando por detrás de ella sin señales de encontrar nada extraño. Sólo estaba ella y su común cara de amarre, sus cejas y su frente arrugadas mirándome como si fuese un bicho raro de circo.

—Claro que estoy bien ¿por qué no habría de estarlo? ¿Por qué tu pecho está tan rojo?

Mi cabeza estaba dando vueltas y mi frente al igual que la de ella se arrugó como una abuelita.

—Di... dijiste que viniera rápido, que me necesitabas...—reviré confundida.

—Sí, porque la lavadora había comenzado a sonar como de costumbre, como si fuese a explotar. Ese sonido extraño que siempre hace, no para que vinieras a destruir lo poco que nos queda de casa—se quejó y mi boca seguía abierta disparando respiraciones entrecortadas.

— ¿Qué carajos?

— ¡Jensen! —refunfuñó. Odiaba las malas palabras.

—Dijiste que viniera rápido, creí que te había pasado algo, nunca lo pones con esa urgencia —nunca menos esa vez.

—Porque quería que vinieras rápido ¿Qué crees que es esto? ¿Algún capítulo de CSI? —ladeé la boca y mi cabeza explotó.

En este momento quería de verdad matar a mi madre. No podía creer que mi corazón hubiese estado a punto de salirse de mi pecho sólo por un capricho de ella y no por algo realmente aterrador como todo lo que me imaginé que le podría haber pasado.

— ¡Vine corriendo de la universidad maldición! —Su boca se abrió ante la grosería y la

cerró de inmediato sin revirar—dejé mi morral y todas mis cosas allá, mi pecho no deja de palpar y—toqué mis bolsillos— ni siquiera tengo idea de donde cayó mi teléfono, y tú me estás diciendo madre que ¿sólo me llamaste para arreglar la lavadora?

Su rostro se había endurecido y sus labios siguieron el mismo camino al ver lo molesta que estaba. Porque de verdad lo estaba. No podía creer todo lo que había hecho y lo mucho que me había preocupado por eso.

—Iré a buscar mis cosas

—Sandra ven acá, no tenía idea de que ese mensaje pudiese haberte hecho reaccionar de esa manera, no te vayas así podemos arreglar...—lo había hecho, en cuanto había dicho eso, el logro de que explotara en pedazos era una realidad.

No sabía cómo pudo haber dicho eso sin que se le cayera la cara de vergüenza.

— ¿No sabías que podía reaccionar así? ¿De verdad dijiste eso? —creí que sus labios se romperían por lo fuerte que los apretó— La última vez que dijiste que tenía que venir a casa rápido no resultó muy bien, no espero que tú lo recuerdes pero yo si lo hago—sus ojos se abrieron como platos y su boca se apretó. De la misma forma que lo hace cuando está preparada para decirme que estaba metida en problemas.

—No vuelvas a mencionar eso, nunca más. Sabes que aquí no se habla de eso—refunfuñé por lo bajo—Nunca—ordenó.

—Pues lo hubieses pensado mejor antes de volver a hacerlo. Iré a buscar mis cosas—dije esta vez de nuevo saliendo sin oportunidad de que me dijese algo.

Entendía que mi madre fuese reservada con eso. Porque hasta yo lo era. Y si fuese madre y ocurriera, también lo sería. Pero en parte también lo odiaba. La había perseguido por años y se negaba a dejar de correr y que la alcanzara o simplemente a tomar una ruta alterna donde aunque lo tuviese presente no la atrapara la presión que tenía encima sólo por recordarlo. Lo había

escondido y reprimido desde que había pasado y mi madre sólo lograba que eso se me quedara encerrado con mucha más fuerza dentro de mí.

Limpié con mi manga las gotas de sudor que se me habían creado en la frente y con cuidado me quité también las de la nariz. Volví a revisar con algo más de calma mis bolsillos y suspiré de rabia y tristeza al sentir nada más que mis audífonos en el fondo. Había guardado el teléfono con rudeza en mi pantalón precisamente para que no se me perdiera. Pero debió haber sido al chocar cuando me caí.

Si tan sólo hubiese visto a la persona... tal vez tendría una oportunidad de recuperarlo en un millón. Pero en fin, ya lo que estaba perdido estaba perdido y si no me apresuraba a dejar de pensar en eso y buscar mis cosas, arrancaría a llorar.

Crucé el callejón y como por instinto me toqué el hombro donde me había golpeado más fuerte contra él al correr. La luz del sol se había puesto más fuerte y no pude evitar entrecerrar los ojos al salir de él y entrar de nuevo a la calle. Mis pasos se habían vuelto más cortos y no quería por nada del mundo volver a correr de esa manera en mi vida.

— ¡Sandra! —escuché mi nombre y refunfuñé temiendo que fuese mi madre de nuevo. Pero no, el sonido venía de frente— ¡Sandra aquí! —no sé cómo no había podido reconocer la voz de Bryan. Venía dando saltitos con su morral y el mío en cada uno de sus brazos y respirando entrecortado como si hubiese estado corriendo igual que yo— Sandra ¿todo está bien? —preguntó con su frente arrugada preocupado. Me hacía sentir chiquitita que hubiera venido de esa manera pasando ahora por lo mismo que yo.

—Gracias Bryan—tomé mi morral con delicadeza aligerándole el peso— sí, todo está bien.

—Saliste corriendo muy rápido, todos quedamos impactados— sus cejas se arrugaron mucho más.

Era la primera vez que no deseaba hablar con Bryan de eso. Así que me fui por el camino

fácil y aunque no era mentira, tampoco era una verdad completa.

—Mi mamá necesitaba mi ayuda—dije frunciendo los labios.

—¿De verdad? ¿Pero está bien?

—Sí, sí, mamá está bien

—¿Qué clase de ayuda podía ser para que salieras corriendo así? Me asustaste mucho. Además no contestabas tu teléfono, así que la preocupación me subió al millón—su voz sonaba algo diferente a la de costumbre, supuse que porque había venido rápido.

Ladeé la boca sintiéndome estúpida por un segundo y luego mal por no querer contarle la verdad. Pero de verdad en estos momentos no quería hacerlo. Bryan era el único, excluyendo a mi madre, que sabía del incidente. Y aunque tenía el conocimiento exacto para entenderme, no quería una palabra más de esto.

No quería tener que contar lo irracional que había sido mi madre y lo irracional que también había sido yo. Así que desvié la respuesta de la primera pregunta.

—Mi teléfono cayó en la calle, no sé dónde está.

—No juegues, ¿es en serio?

—Lo sé, era un buen teléfono—hice una cara triste pero a la vez graciosa intentando ponerme de otro humor.

—Oh preciosa ¿y ahora? ¿Qué harás?

—No lo sé, esperar a conseguir algo de dinero para comprarme otro—me encogí de hombros y el hizo un puchero intencional. Se veía tan tierno haciendo eso que en lo único en que podía pensar era en abalanzarme sobre él y besarlo hasta que me dolieran los labios.

—Puedo decirle a mamá que te consiga uno, no dirá que no—habló y pestañeé quitando los pensamientos morbosos de mi mente.

—No, no, no quiero molestar a tu madre—negué con la cabeza. La señora Robinson siempre había sido un amor conmigo, a veces hasta más que mi propia mamá pero así fuera sencillo para ella, no quería darle una carga fuera de las que ya tenía que cumplir—estaré bien así

—Pero yo no, ¿cómo hablaré contigo? —echó su cabello hacia atrás a manera dramática y se me escapó una risa.

—Estaremos bien—corregí alargando mi brazo para tocar el suyo— conseguiré algo.

Sonrió y asintió llevando la mano que había dejado en su brazo hacia sus dedos para entrelazarla apretándola fuerte entre sí y suspiré sin saber si sentirme como la persona más afortunada por tener a un gran amigo o la persona más patética por estar enamorada de él sabiendo lo que eso conllevaba.

Pero como era de esperarse, mi cerebro siempre iba a darse por la segunda.

Capítulo 3

Había pasado los días de la semana que estaba corriendo fuera de casa y sólo iba para dormir. Muchos podían decir que estaba siendo exagerada al comportarme así por mi madre, pero yo entendía mis razones.

Odié que hubiese dicho que no sabía que reaccionaría de esa forma. Ella más que nadie sabía lo que había pasado la última vez y no hacía falta que ni yo se lo recordara. Lo tenía presente, ella y yo lo sabíamos. Nadie podía entender lo que había quedado dentro de mi cabeza por culpa de eso.

No habíamos quedado en malos términos, si le hablaba, pero aún estaba molesta y por eso no quería pasar tanto tiempo en casa. Bryan y la señora Robinson, como siempre, me recibían a gusto en su casa como si fuese parte de la familia y eso me bastaba para sentirme bien.

Aún no había resuelto lo del teléfono y aunque la señora Robinson se ofreció, le rogué que por favor no se molestara. Quería conseguir uno por mis propios medios o bien, si tenía suerte, recuperar el mío. Lo cual como había pensado antes la probabilidad era de una en un millón. Pero bien, al menos mi positivismo me daba una.

Estar cerca más tiempo de Bryan solo me demostraba lo miserable que podía ser mientras lo veía escondida de su propia mirada con el amor romántico oculto desde mis entrañas. Era increíble como aún no podía darse cuenta de lo que sentía. Se me notaba a leguas. Había estado viendo al chico con el que había follado en el baño el primer día y generalmente estaba en su casa cuando yo también.

No era un mal chico, de hecho se comportaba muy lindo con él y a la señora Robinson le caía muy bien, pero mi estómago se apretaba cada vez que veía los dedos que tantas veces se entrelazaban entre los míos agarrarse del cabello de ese chico mientras se besaban. Era realmente doloroso tener que presenciar ese tipo de escenas, pero no tenía otra opción si no quería tampoco

pasar tiempo en casa. Así que bueno, me encontraba entre la espada y la... bien, otra espada. Estaba muerta.

Los días en la universidad habían estado bien, teniendo en cuenta que las clases habían estado calmadas. Era la primera semana así que no había mucho que decir al respecto. Excepto por el proyecto de programación neurolingüística. No sabía de mi misterioso y arrogante compañero desde esa misma semana porque no había venido ni un solo día de ella.

Tenía que ocuparme de ello si no quería que mis calificaciones y mi promedio bajaran. Aunque claro, ese era un gran problema si ni siquiera lo veía aquí.

—Muchachos, que placer verlos de nuevo—dijo Clarisa con su voz cantarina al hacer sonar sus tacones puntiagudos en el salón. Se me hacía extraño llamarla profesora ya que no debía tener ni cuatro años más que yo. Así que por lo menos, mientras no me escuchara ni supiera, para mí era Clarisa.

Cierto, hoy nos tocaba con ella, lo había olvidado a pesar de tener la mente en su proyecto. Mi silla sonó cuando la moví hacia adelante y alcé la cabeza para ver hacia el frente. Me llevé una sorpresa en cuanto vi la puerta abrirse y de inmediato pude sentir la tensión que se formaba sólo con su llegada.

Hablando del rey de roma.

Mi misterioso compañero de proyecto había entrado haciendo suya la atención de todos. Es extraño y a la vez gracioso como el universo se encargaba de hacer las cosas volteadas. Cuando menos atención quería, porque se le notaba, más atención el daban.

Sus pisadas eran fuertes y aterradoras, al igual que su aura.

Venía con una franela negra que irónicamente tenía escrito en letras blancas “Stop Haiting!” y un gorro que le cubría la mitad de sus orejas. Sus ojos sin dejarse ver como la primera y última vez que lo había visto, encerrados entre unos lentes oscuros. Pasó sin inmutarse de que todos lo

habían mirado hasta que había llegado a su puesto y se colocó los audífonos, echándose en el asiento como si estuviese acostado.

Había algo en él, a parte de su indiscutible apatía que no me daba buena espina de él. De verdad estaba dispuesta a cambiar de compañero si podía.

—Bien linduras, ¿tuvieron oportunidad de leer las instrucciones que les di? —maldición, también lo había olvidado. Chité en voz baja por tener la cabeza tan revuelta y saqué la carpeta donde la había guardado.

No había notado que le había puesto brillantina morada a la parte superior de la hoja y sonreí por lo tierna que se veía y lo tierna que había sido ella al ponérsela. En letra negra de título decía “**PROYECTO DE VIDA**” así, en mayúsculas. Miré hacia atrás para ver si misterio se me unía pero parecía estar muy sumido en sus propios pensamientos mirando al infinito así que simplemente me dediqué a ver la hoja yo sola.

Una chica de la parte de adelante había levantado la mano y Clarisa sonriéndole le dio la oportunidad.

—Sí profesora—ugh, de verdad sonaba horrible decirle así— pero, cuando en una de ellas dice que escudriñemos a la otra persona ¿se refiere a?

Solté una risita baja. ¿Escudriñar? Pensé que esa palabra sólo la usaban en las iglesias.

—Temía que preguntaran eso—rió— así que me preparé. Escudriñar no es más que investigar, escrutar, averiguar. Intentar conocer a la otra persona, ver cómo reacciona, saber cómo es y como es el proceso. Claro, sin invadir el espacio personal ni ser groseros. Todo es cuestión de persuasión y percepción, por eso las instrucciones de arriba—tomó su propia hoja y nos mostró— La programación neurolingüística niños, no es más que un método o herramientas que se usan para saber cómo reaccionan las personas a ciertas situaciones de la vida.

¿Con que propósito? Primeramente para el conocimiento y segundo, pero no menos

importante, para lograr la excelencia en estas reacciones. Por eso un compañero. Por eso este proyecto—caminó hasta adelante— Todos tenemos un gran potencial en algún campo de nuestra vida y es necesario que sepamos explotarlo. Pero también, nosotros podemos hacer explotar el de alguien sin siquiera notarlo. Es importante que lo notemos, no podemos dejarlo pasar por alto. Y por eso es que me gusta hacerlo de esta forma.

— ¿Así que básicamente el proyecto se trata de ver como es la convivencia con una persona y descubrir por medio de esos métodos como es su personalidad y sus reacciones ante el mundo? —preguntó Bryan sin levantar la mano.

—Bingo

— ¿Y si ya sabemos que es una desquiciada mental?

Mis ojos se abrieron como platos y todos se echaron a reír. Mi mano logró alcanzarlo y le di un toque fuerte en el brazo.

—Pues, igual servirá para tu proyecto—dijo la profesora, calmando el revuelo que se había formado—haz que esa desquiciada mente logre la excelencia también—se encogió de hombros.

Bryan refunfuñó en su puesto, porque odiaba que le respondieran algo sarcástico con algo de razón. La chica con la que tenía su proyecto solo se rió también, sin inmutarse de lo grosero que había sido y en realidad no me quedó duda de que estaba loca. Bryan no solía ser grosero, pero sabía que la compañía de la chica no le sentaba muy bien.

Había pasado muy malos ratos en primer semestre por culpa de ella, su acoso y su locura. Hasta yo los había pasado, pero en menor grado que él. No era a mí a quien deseaba, pero era yo quien supuestamente lo tenía así que eso era un problema para ella. Lo tuvo encerrado por tres horas en la biblioteca obligándolo a que hiciera algo por ella. Todos sabemos qué. Muchos se rieron. Sólo porque es hombre.

Pero sigue siendo abuso igual, así que había necesariamente tomar medidas. La señora

Robinson estaba más que molesta y estuvo a punto de pedir una orden de restricción. Pero la universidad no quería problemas fuera de la institución, así que la suspendieron por varias semanas. Para nada, porque aquí estaba, había vuelto. Y para más ni menos, ahora era su compañera.

No conocía mucho a Clarisa, de hecho no la conocía en lo más mínimo, pero podía estar segura de que no lo hubiese puesto con ella si se hubiese enterado de ese acontecimiento. Sabía que a Bryan no le gustaba contar ni hablar de eso, detestaba las burlas y podría jurar que aún no le había dicho nada a su madre ni que hablaría con Clarisa para que lo cambiara. Orgulloso hasta el final. Pero en fin, si no lo hacía tendría que aguantarlo de la misma forma.

Hablando de orgullo y groserías me atreví a voltear de nuevo para ver si podía hacer captar la atención de mi compañero esta vez. Para mi sorpresa, ya él había puesto sus ojos sobre mí y mi pecho se apretó en reacción a como cuando te descubren mirando a alguien. Más cuando es ese alguien el que te descubre. No podía deducir si me estaba mirando a mí exactamente debido a sus oscuros lentes pero su cabeza estaba en mi dirección. Así que o estaba mirándome a mí o simplemente la música se le escuchaba mejor con el cuello doblado.

A pesar de no poder ver su mirada, la sentía como un gran peso en todo mi cuerpo y su hostilidad lograba intimidarme, así que en vez de hablar como pretendía hacer me limité a dar una sonrisa avergonzada y volver mí vista hacia el frente.

Clarisa seguía hablando pero no había prestado atención a una sola palabra de lo que había dicho entonces, así que me limité a asentir a las últimas cosas que dijo antes de que acabara su hora de clases.

Y una de ellas fue:

—El proyecto es lo último que entregarán pero es necesario que se vayan preparando desde ahora. Entrar en una persona no se hace de la noche a la mañana—de eso estaba segura. Entrar en mi compañero es algo que no podría hacer ni con todas las noches y mañanas que me dieran— por

ahora me traerán un informe de lo que es la programación neurolingüística, como la aplican en esta profesión y como la aplicarían ustedes en su proyecto y su vida.

Fue un placer verlos de nuevo amores—dijo despidiéndose sonriéndonos increíblemente a todos. Hasta a mí que ni me veía en mi asiento. Su alegría saltaba a relucir con cada paso que daba al igual que su cabello rubio. Me gustaba ella. Era tan tierna que me la imaginaba montada en un Volkswagen rosa de flores o algo así. Aunque su idea de socializar era algo descabellada se veía que le gustaba su trabajo. Y bueno, ese era el primer paso que tenían los profesores para atraparme.

Las instrucciones y pautas del proyecto aún descansaban sobre mi mesa y suspiré mirando el papel, preguntándome como carajos se suponía que haría esto. No era tan fácil como escribir un informe y ya, no como lo había descrito Clarisa.

Pero bien, no lo lograría sola, esto se suponía que era de dos. Así que mi compañero misterio tendría que colaborar.

Mordí la comisura de mis labios mientras la tomaba entre mis manos y me animaba a levantarme hacia su puesto. Miraba por la ventana, sublime, como si deseara algo de allá afuera. Cosa que encontré muy extraña, porque en realidad no había nada allá afuera que pudieras desear a menos que quisieras tierra, árboles o alguna estructura de cemento.

Su cuerpo estaba completamente relajado en la silla y sus audífonos aún seguían enterrados en sus oídos.

Sabía que no me escucharía así que con delicadeza hice sonar tres toquecitos en su mesa para que me notara.

Efectivamente lo hizo al sentir la vibración y volteó rápidamente para ver quien irrumpía en su zona. Podía ver por encima de sus lentes que sus cejas se habían arrugado y mi garganta se secó, el nerviosismo atrapándome. No sé cómo había sido capaz de reclamarle algo el primer día,

ahora ni siquiera podía acercarme sin temblar de miedo. De verdad que no me daba buena espina.

—Hola Joe— ¿ese era su nombre cierto? Por favor que si lo fuera — lamento molestarte ahora, sólo quería hablar del proyecto y qué es lo que haremos respecto a ello. Dijo que era para la última entrega pero tenemos que ir haciendo algo para adelantar—me expliqué logrando no titubear y su mano se dirigió hacia el audífono de su oído derecho. No había notado que aún con mi llegada no se los había quitado y tragué.

— ¿Estabas hablándome? —dijo con un tono hostil. El único tono que le había escuchado hasta ahora. Mis labios se fruncieron en una línea recta y mi cabeza hirvió un poco ante su falta de cortesía. Aún así, necesitaba mantener la compostura si quería que esto saliera bien así que conté hasta diez en mi mente y respiré profundo.

—Sí, estaba hablándote—dije intentando no apretar los dientes— hablaba del proyecto, de cómo haremos con eso

—Es para la última entrega—refunfuñó. ¿Cómo había escuchado eso? No parecía haberse quitado los audífonos durante toda la clase.

—Sé que es para la última entrega, pero no es algo que podamos entregar de un día para otro, creo que eso también lo escuchaste

—Sí, lo escuché—su voz era áspera y grave. No parecía estar alzando la voz, pero se escuchaba perfectamente con sólo decir una palabra. Me quedé en silencio un rato esperando porque dijera otra cosa pero sólo fue reemplazado por más silencio. Mi ceño se frunció y no pude evitar mover las manos.

—Y bien... ¿entonces?

— ¿Entonces qué? —suspiré de nuevo.

—Entonces qué haremos, me gusta entregar mis cosas a tiempo y bien hechas

—Lo sé, tienes cara de ratón de biblioteca—soltó algo parecido a una risa y mi ceja

derecha se alzó, mi boca abriéndose ligeramente. Acababa de... ¿insultarme?

— ¿Estás...?

—Si quieres entregar tu cosa a tiempo, entrégala, no tengo problema en eso— já, que frescura.

—No puedo hacerlo sola, por algo nos puso en parejas a todos, porque es un trabajo que se hace de dos—refunfuñé. Mi voz había subido un poco sin notarlo pero su desdén estaba comenzando a impacientarme.

— ¿Proyecto de vida? No llegué a hacer eso ni siquiera en primaria, no le veo chiste.

—Pues porque no es un chiste, es la calificación final—ladeé la boca.

—No estoy interesado—dijo alzando el audífono dispuesto a colocárselo de nuevo y de un tirón se lo bajé. Mi cuerpo se detuvo al ver lo que había hecho y pestañeé varias veces, intentando no dar vuelta atrás. Ya lo hecho, hecho estaba.

—No se trata de estar interesado, se trata de hacer algo que te mandan y ser responsable.

—Pues lo lamento niña, pero no nací el mismo día que tú—parecía muy tranquilo para lo que acababa de hacer. Claro, no estaba diciendo que no fuera grosero pero pensé que se transformaría en una bestia en el momento en que mis dedos tocaron su brazo—no haré eso, es estúpido—su cuerpo se inclinó para luego levantarse, el audífono que le había tumbado colgándole de su cuello. Al estar cerca de él podía darme cuenta en realidad de lo alto que era y tragué saliva cuando la sombra de su cuerpo me atrapó.

— ¿Y qué se supone que haga yo entonces? —bufó.

—No lo sé, no puedo proporcionarte soluciones

—Eres mi compañero—me quejé.

—No lo elegí—la sangre me hervía y quería pegarle un manotazo y callar su boca

impertinente.

—Yo tampoco lo elegí, créeme que tú no estabas en la lista de posibles candidatos a los que hubiese elegido. Pero nos pusieron juntos, así que tienes que colaborar conmigo.

Su pie había comenzado a moverse hacia adelante y quise chillar de molestia.

—Hazlo tú sola, lo lograrás

— ¿Lo lograré? —Bufé yo esta vez— es un trabajo de convivir con otra persona y llegar a comprenderla, ¿cómo se supone que haré eso yo sola?

—Te las arreglarás—dijo esta vez sí moviéndose en dirección a la salida y mis manos se apretaron en un puño—Ah, y toma—lanzó algo en dirección a mí y mis reflejos actuaron con la rapidez de un rayo alzando las manos y atrapando lo que me había tirado. Pegué un gritito cuando saltó varias veces en mis manos y cuando logré tenerlo firmemente.

Mis dedos sentían la sensación de tacto conocida y mi boca se abrió al ver el forro rosado y la pantalla llena de las pequeñas magulladuras que lo caracterizaban. No podía ser... era mi teléfono lo que tenía agarrado entre mis manos.

Mi ceño se frunció como si la frete fuera a explotarme y la pregunta de inmediato inundó mi cabeza ¿Cómo...?

— ¿Cómo tienes esto? —alcé la voz, esperando que me escuchara antes de que cruzara la salida y sin mirar a mi dirección respondió.

—Ten más cuidado al correr—alzó la voz de vuelta.

Capítulo 4

—Es un grosero impertinente, no haré mi proyecto con él, no quiero llegar a entrar en él, ni mucho menos conocerlo.

Había llegado a casa de Bryan después de clase y me encontraba tumbada en su cama, degustando a mordiscones una galleta.

— ¿Tan malo es? —preguntó Bryan mientras tiraba de su camiseta hacia afuera.

Su pecho había quedado al descubierto al igual que su delicioso abdomen, marcado ligeramente. Pequeños vellos lo cubrían, rubios al igual que su cabello y toda la rabia, bueno, casi toda la que se sentía se estaba esfumando con sólo verlo quitarse la ropa.

Mi estómago se comprimía sacando mi deseosa mente a flote, loca por tocar cada centímetro con mis dedos y saber a qué sabía su cuerpo. Si había llegado a tener experiencias sexuales con muchachos, antes de mi enamoramiento y después de él.

Nunca fui una chica recatada ni mucho menos. A pesar de estar metida en mis clases y mis calificaciones, me gustaba darme mis placeres de vez en cuando también. Además mi edad nunca estuvo en sintonía con mi mente, al crecer en ambiente donde todos eran mayores que yo, mi mente no hizo más que adaptarse a ello y al parecer mi cuerpo también. Perdí mi virginidad cuando tenía quince. Un muchacho llamado Brandon, de la clase de gimnasia. Fue bonito, no he de mentir. Quería tener la experiencia antes de salir de secundaria.

Y él se había interesado en mí y yo lo había notado. No solía socializar con nadie, no era algo que necesitara. Pero claro, toda mujer tiene sus otras necesidades. A esas doble razones me refería. Así que lo hice un día, que fui a su casa por un “trabajo”.

Vaya trabajo.

Aunque aún así, en mi mente, en mi corazón y en mis pensamientos más carnales sólo existía Bryan. Menuda pelotudez. Sabía que él nunca me daría esas experiencias. Lo había visto besar

chicos, follar con chicos. Había tenido que ser su tapadera muchas veces. Y aún así, mi maldita mente seguía atrapada en él.

Creí que haciendo lo mismo yo podría lograr olvidar mi enamoramiento. Pero me equivoqué. Había besado, follado, experimentado y en mi mente siempre estaba Bryan.

Sabía cómo besar a un hombre, sabía dónde y cómo tocarlo. Solía ser yo la que llevaba la batuta, era yo la que estaba al mando, así podría yo imaginarme lo que yo quisiera y hacer lo que yo quisiera. Las veces que lo había hecho siempre habían sido así.

Pero ya iba para casi un año sin tener acción de absolutamente nada y no hacía falta decir si quiera por qué.

Mis piernas se apretaron imaginando todo lo que quería hacerle y cuando vi sus manos moverse hacia mí pestañeé varias veces.

—Hey—rió al ver mi expresión—parecías estar perdida en otro mundo. ¿La molestia te hizo transportarte?

—Ahm, casi—respondí devolviéndole una sonrisa, más que nerviosa.

Hubiese muerto si se hubiera dado cuenta de la forma en que lo miraba ahora.

— ¿Por qué tenía tu teléfono?

—Creo que choqué con él cuando corría hacia mi casa, debe haberlo recogido y guardado cuando se me cayó, de otra forma no tengo idea—me encogí de hombros.

—Es un milagro que te lo haya dado, no todos hacen eso, tal vez no es tan bestia como dices—arrugué la boca.

—Es una patada en el trasero

—Georgina es una patada en el trasero, no me hagas hablar—rodó los ojos.

—Está bien, está bien, tú ganas—acerté.

—Estarás bien, dulce Sandra, ya te lo dije, eres adorable—dijo mientras se sentaba a mi lado y su brazo chocaba contra el mío— mí Sandra—sonrió y la respiración se me contrajo junto con todo lo que había comido hoy en mi estómago. Bryan siempre había sido cariñoso conmigo, creo que ese era uno de los problemas por los que no había logrado salir de mi hoyo, pero cuando se ponía mucho más de lo que ya era podía tocar la felicidad pura.

Sus fuertes brazos se amarraron contra mí por mi cuello y su pecho pegó contra el mío apretujándome. Cerré los ojos saboreando el momento y sentí que mi corazón estallaría y que él podía sentirlo—no sé qué haría sin ti. Eres mi mejor amiga.

Una punzada de dolor al escuchar esas mismas palabras que me hacían sufrir cada vez que las pronunciaba me atacó pero no dejó de hacer que el contacto físico se sintiera tan bien. Amaba sentir su cuerpo pegado al mío. Amaba sentir aunque fuese un poquito de contacto.

—Siempre lo serás Sandra, gracias—hizo como a culminar separándose y mi cuerpo chilló al extrañar su cercanía—por siempre estar—y acto seguido, plantó un pequeño beso en mi boca.

¿Qué...?

¿Qué qué...?

Mi cabeza había volado de su sitio y aún así podía sentir las explosiones dentro de ella. Todo en mi cuerpo se había comprimido y estaba a punto de explotar también. Mis manos temblaban y estoy segura de que alguna parte de mi cara también. Fue tan corto que no tuve tiempo de reaccionar ni de sentir como eran sus labios contra los míos. Me encontraba completamente atónita.

Me había besado tan tiernamente que mi corazón se había derretido y no tenía idea de si podía volver a la normalidad algún día.

Mi garganta estaba cerrada sin dejar pasar oxígeno y creí que iba a desmayarme.

¿Por qué carajos había hecho eso?

¿Por qué coño hacía esas cosas?

Creí que mi mente colapsaría ahora. No sabía que sentir. Estaba feliz porque era la primera vez que me besaba. Así hubiese sido un beso de agradecimiento por ser su amiga, tierno y sin ningún tipo de deseo, mi sueño de sus labios pegados a los míos se había cumplido por cuestión de cinco segundos.

Pero estaba molesta, hervía de rabia también. Nunca lo superaría. Si su cariño y sus muestras de amor seguían jamás lo haría. Nunca.

— ¿Hey? ¿De nuevo? —preguntó mostrándome su palma, agitándola delante de mi cara.

No quería perder a Bryan. No quería separarme de Bryan. Era lo único que tenía.

Pero no quería seguir haciéndome daño a mí misma. Con falsas esperanzas e ilusiones y sueños perdidos.

Bryan nunca sería mío. Ni en esta vida, ni en ninguna.

Tenía que aceptarlo de una puta vez.

—Bryan, tengo que salir un rato, iré a casa—su frente se arrugó.

— ¿Pasa algo? ¿Estás bien?

No podía seguir escuchando su voz. No podía ver un minuto más su cara de preocupación.

No podía seguir aquí sabiendo que carecía completamente de conocimiento de lo que en realidad pasaba y había estado pasando desde hacía mucho tiempo otro segundo. Necesitaba salir.

—Sí, estoy bien Bryan, sólo iré a casa a buscar algo—mentí. Como era de esperarse.

—Pero Sandra...—no lo dejé terminar. Había salido por la puerta como un rayo y ya estaba cruzando la de la salida hacia afuera.

Sabía dónde Bryan escondía su bicicleta así que corrí hasta ella y después de quitar todo lo

que tenía encima con la misma rapidez me subí en ella para empezar a pedalear. Tenía que salir de aquí rápido si no quería que empezara a hacerme preguntas que evidentemente no quería responder.

Las lágrimas y las ganas de llorar se me acumulaban desde mi cabello hasta los pies y al empezar a pegar el aire contra mi rostro con la fuerza con la que lo hacía por ir tan rápido no pude evitar que algunas de ellas se salieran sin permiso.

Había llorado mucho por Bryan. Desde que me enamoré de él. Desde que supe que era homosexual. Desde que mis esperanzas se rompieron en el mismo frasco donde estaban guardadas mis ilusiones. Desde que lo vi besando por primera vez a otra persona que no era yo. Se me había roto el corazón una y otra vez y todas las veces había recogido yo misma los pedazos.

Grité por la calle, cerrando los ojos, sin temer de perder el equilibrio y saqué toda la rabia que sentía por dentro de mí misma.

Rabia hacia mí. Hacia mi obsesión y hacia mi mente estúpida. Rabia por todo lo que había tenido que sufrir por mi propia culpa.

No era culpa de Bryan, ni culpa de ninguno de esos chicos que besé y follé fingiendo que eran él. Era sólo culpa mía por seguir metida en el mismo hoyo y por negarme a salir de él.

Había pasado ya rato corriendo y mis piernas al igual que mis brazos dolían así que me detuve en un parque que quedaba relativamente cerca de la universidad. A esta hora nunca había mucha gente así que aproveché de sentarme y desplomarme un rato.

No tenía un lugar donde pudiese hacerlo. Mi casa ya tenía muchas historias de llanto y sufrimiento guardadas para llevarle más.

Me desplomé allí, sentada en el banquito con nada más que mis manos para cubrir mi llanto. Mis hombros subían y bajaban y me sentía avergonzada de estar llorando por esto de nuevo.

Una y otra vez lo mismo.

Sentí algunas hojas moverse y me asusté creyendo que alguien estaría viéndome y alcé la mirada buscando desde lo había escuchado. Pero sólo encontré nada más que eso, hojas.

Usé mi manga para quitarme las lágrimas secas de mi cara y también las que estaban comenzando a salir nuevas. Las quité con rudeza así que mi cara ardía un poco. Pero no era suficiente. Estaba tan cansada de llorar que no quería volver a hacerlo.

No por algo estúpido. No por algo que yo misma podía arreglar.

—No más por Bryan—dije en voz alta, sacando mis pensamientos a flote.

No me alejaría de él. Era mi mejor amigo, yo la suya. No lo podía abandonar por mis simples caprichos estúpidos. Lo superaría de una maldita vez yo sola y sin necesidad de hacer mal a nadie.

De una buena vez.

Capítulo 5

Mi madre casi no me había dirigido la palabra hasta hoy en la mañana cuando desayunaba preparándome para ir a la universidad.

— ¿Y esa bicicleta? —preguntó mientras me servía un vaso de agua.

—De Bryan—contesté metiéndome un pedazo de pan a la boca.

— ¿Todo bien con él?

Si algo tenía mi madre es que sabía leer a la gente. Sabía que había dentro de sus expresiones falsas y sus palabras cortas. Era algo que odiaba y amaba de ella.

Aún así, me atreví a desafiarla mintiéndole esta vez.

Estaba convertida en una total mentirosa al parecer.

—Todo bien con Bryan

—Mjm—hizo sonar su silla delante de mí sentándose—que extraño. Ayer volviste más temprano de lo que habías vuelto esta semana—la miré.

Aún estaba molesta con ella. Y cualquier insinuación o pregunta de doble intención que hacía me molestaba también.

—Porque quería volver más temprano—me limité a contestar.

—Sandra no puedes estar molesta conmigo toda tu vida

—Rétame

—No le hables así a tu madre—alzó la voz.

Coloqué un puño ligero sobre la mesa y la miré de nuevo, con los ojos más duros esta vez. Su expresión era tan seria como la mía y chasquéé los dientes por lo bajo, sabiendo que tenía razón. En realidad mientras más tiempo pasara con ella más rápido se me quitaría la molestia. Era

mi madre después de todo.

—Está bien, lo siento. No quise ser grosera—dije sin una pizca de falsedad. Le había hablado bien por primera vez en la semana.

Sabía que mi madre no había tenido culpa de nada de lo que había pasado. Pero si le guardaba cierto rencor por habérmelo hecho guardar como un prisionero durante todo este tiempo. Por hacerme querer olvidarlo y por hacerme querer creer que no había pasado y pretender que viviera bien con eso. Odiaba no poder sacarlo por miedo a que fuese a desaparecer de donde estaba encerrado en mi cuerpo.

Mi madre era una mujer fuerte, ella sola lo había soportado todo. Pero le gustaba valerse de otras personas para acumular su fuerza y yo había sido una de esas personas.

Yo no quería serlo. Era su hija, no una herramienta para eso.

Aún así, la amaba y sabía que la apoyaría y que ella me apoyaría a mí. Era mi amiga también, así como yo lo era de ella.

Pero con más diferencias de las que esperábamos.

Era dura para superar las cosas, eso estaba claro, y mi rencor no era precisamente una de esas cosas que ya se habían ido al pasado.

—Yo también lo siento—dijo sosteniendo el cubierto entre sus manos. Lo apretó, así que supe que le había costado decirlo—tampoco quise haber dicho lo que dije esa vez. Siento haberte herido con eso—una sonrisa comenzó a expandirse por mi cara. Lo estaba haciendo. Estaba hablando de eso. Tal vez sólo un poco más y...— pero nunca más se hablará de eso. No en esta casa. No conmigo. No tú ¿bien?

Y allí estaba de nuevo. El maldito encierro dentro de ella. Apreté mi puño por debajo de la mesa molesta y asentí con todo el rigor que podía hacerlo levantándome para dejar el plato en los trastes.

—Bien—dije tomando mis cosas.

—Te amo Sandra—dijo y mis labios temblaron—sólo quiero protegerte.

Hacía tiempo que mi pecho no se contraía por ese tipo de palabras de su parte, porque hacía ya bastante tiempo que no las decía. Así que el experimentarlo de nuevo fue algo que no me gustó.

—Lo sé mamá—asentí—yo también te amo.

Cogí mis cosas y bajé las escaleras sin pisar algunos escalones. Estos días habían sido de bastante rapidez así que necesitaba un descanso. Tomé la bicicleta de Bryan a la que había escondido detrás de la parte donde esta nuestra casa y me las arreglé para hacerla pasar por el callejón.

No había cepillado mi cabello hoy y menos mal, porque el viento no le sentaba muy bien tampoco.

Estacioné la bici cerca del coche del director de la universidad pero aun así la aseguré con unas cadenas viejas que estaban allí. No sabía si eran de alguna ayuda, pero para algo tenían que servir.

Mis zapatillas hacían un sonido gracioso al caminar y por eso generalmente no me las ponía pero había decidido que tal vez el ambiente gracioso me vendría bien hoy. Mi blusa alcanzaba a tapar mi ombligo y mis pantalones de chándal hacían un buen juego con ella.

El salón estaba casi vacío pero con la única persona a la que esperaba ver sentada en el puesto a mi lado.

— ¡Sandra! —voló hacia mí con una rapidez que nunca le había visto. Sus ojos al igual que la expresión de su cara lucían preocupada y confundida— Te he dejado muchos mensajes y te he llamado...

—Lo sé Bryan, olvidé que tenía teléfono y no los vi hasta ahora—le sonreí apenada. No estaba mintiendo en esto, hablaba en serio.

—Me preocupé mucho que te fueses así. Está pasando muy a menudo ¿pasa algo que yo no sepa?

Pasa mucho que tú no sepas.

—Han pasado dos veces—dije ante su exageración.

—Eso es muy a menudo para mí, tú no eres así

Apreté mis labios.

—Estoy bien Bryan, estaré bien, sólo fue un ataque de malcriadez

—Pero ¿por qué? ¿Hice algo malo?

—No, no has hecho nada malo—negué con la cabeza sonriendo para calmar el momento de tensión— sólo son cosas de...—piensa, piensa. Di algo rápido— mujeres.

—Oh—su boca se abrió ligeramente y en su mirada pude ver entendimiento. No sé qué clase de entendimiento era, pero no podías ser el mismo que todos esperábamos que tuviera— ¿es tu menstruación? —se acercó a mí para susurrármelo y no pude evitar que se me soltara un soplando de risa.

—Sí Bryan—mentí riéndome.

—Sólo tenías que decirme eso, no era tan difícil—mostró sus dientes blancos, dándome su perfecta sonrisa. Hice calmar mi cuerpo y mi mente aplacándolos como me había prometido a mí misma para no sentir nada. Sus mejillas se habían puesto rosadas, mostrando tranquilidad y me sentí mal por mentirle. Pero al menos lo había hecho sentir mejor así que no podía ser tan malo— vámonos antes de que el gentío nos aplaste con su llegada.

Mi cuaderno estaba vacío de clases del profesor Frederick y con ayuda de algunos apuntes de Bryan y la clase nueva que estaba dando pude hacer que se viera al menos algo usado. No soportaba no copiar clases. Me gustaba saber que tenía todo anotado, pensaba que así era

imposible que algo se me olvidara. Pero mi mente había estado trancada y hasta en eso me había descuidado.

Tal vez Joe si tenía razón y era un ratón de biblioteca.

Hubiese sido mejor apodo que cualquiera de los que me ponían en secundaria. De hecho, el más lindo y decente que me habían dicho.

Sonreí al recordarlo y al darme cuenta de lo que hacía sacudí la cabeza. Señor misterio no se acercaba ni una pizca a ser algo como lindo o decente. Me había sacado de quicio y sólo esperaba que Clarisa entendiera que no podía hacer equipo con alguien así. No con alguien que ni siquiera quería hacer equipo conmigo.

Por instinto miré hacia atrás y lo encontré allí sentado de la misma forma que siempre como si deseara acostarse en el pupitre y con la mirada pegada hacia la ventana. Nunca traía cuadernos, lápiz, morral o algo parecido a lo que se supone deberías traer a la universidad. No sabía ni siquiera para que venía. Por primera vez lo vi con el cabello peinado, los pelitos que le caían en la frente hacia atrás y con otros lentes azules. Generalmente traía los negros pero esta vez imaginé que había querido que combinaran con su chaqueta de polo del mismo color.

Detecté sus movimientos de cuello para voltear y de inmediato me apresuré a hacerlo yo primero. No sabía ni porque estaba analizando las razones que había tenido para vestirse o ponerse los lentes.

Me concentré en Frederick y automáticamente copie todo lo que había puesto en el pizarrón.

El timbrecito de afuera había sonado y el sonido de sillas y morrales moviéndose inundó el aula. Me coloqué el mío con cuidado y me salí de mi asiento para llamar a Bryan y salir del salón.

Un choque en mi hombro me hizo saltar hacia atrás y me tomé de mi propia mesa para que el peso de mi morral no me llevara hacia el piso. Mi trasero aún dolía por el golpe de la última vez.

Una mirada fuerte me tensó y vi hacia arriba para ver que carajos había pasado.

Oh, Joe. Eso tenía que haber pasado.

Señor misterio había quedado allí parado esperando a que yo pudiese mantenerme de pie y luego había comenzado a caminar de nuevo sin decir una palabra o por lo menos disculparse por haberme chocado.

Se movía tan natural y relajado que me hacía hervir la sangre con sólo ver su tranquilidad.

Refunfuñé sola en mi puesto y crucé las mesas para llegar hasta el otro lado. Revisé mi teléfono para ver si mamá no había llamado y mis ojos se achicaron al ver que hoy era miércoles.

¡Noche de pelis!

Bryan y yo desde que habíamos tenido la confianza como para pasármela cuanto tiempo quisiera en su casa, habíamos guardado una noche en específica para ver pelis. Generalmente películas muy viejas que habían quedado por allí o las nuevas si lográbamos conseguirlas.

No sabía cómo sentirme porque no hacía más de veinticuatro horas que había pasado lo del beso pero era como especie de tradición que teníamos. Y una tradición se cumple.

O bueno, al menos eso es lo que se espera ¿no?

Logré llegar hasta Bryan y él me miró contento, intentando tomarme las manos. Sin que se diera cuenta fingí rascarme la cabeza y por un segundo lo olvidó mientras salíamos.

Mis ojos se abrieron exasperados cuando vi pasar a Clarisa y esta vez yo tomé el brazo de Bryan para salir corriendo hacia ella.

— ¡Clarisa! —llamé y mi boca se cerró cuando volteó con su frente arrugada. Ciertamente, podía llamarla así en mis pensamientos. Fuera de ellos era claramente mi profesora— Profesora Clarisa —corregí con una sonrisa avergonzada.

—Hola cielo—me dio una sonrisa completa— ¿Sandra, verdad?

—Sí, Sandra—agradecí que recordara mi nombre. No es que hubiese participado mucho

como para que se lo hubiese grabado, pero no me hacía sentir tan invisible— yo... quería preguntarle algo. Más bien, quería hacerle una petición.

—Claro, dime querida—el brillo de la expectación en sus ojos por prestarme atención me cautivó y por un momento se me quitaron las ganas de arruinar sus planes.

—Necesito cambiar de pareja

—No—respondió de inmediato y mi saliva hizo que me atragantara.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Porque no, cariño—no entendía cómo podía decir algo tan molesto siendo a la vez tan dulce pero quería llorar.

—Por favor, no puedo convivir con él, no creo que nadie pueda convivir con él en realidad —soltó una risita.

—Ahg, dímelo a mí, tú no sabes nada—dijo Bryan en voz baja, pero con el tono suficiente para que se escuchara.

—De eso se trata, preciosa.

—Pero no, de verdad es imposible, no está interesado, no quiere hacerlo. No puedo hacer el proyecto así

—Eres una chica perseverante, persistente y firme Sandra—me miró a mí, a Bryan y luego volvió a mirarme a mí como dándome un mensaje. Mi boca se entreabrió cuando lo hube entendido y ella sonrió al notarlo también— lo harás, sólo tienes que aprender y entender cómo. Ahora tengo otra clase mis corazones, espero verlos luego.

—Bien—asentí algo decepcionada y sorprendida por lo que me había dicho.

“Dicho” entre comillas porque sólo lo insinuó.

¿Cómo sabía ella eso? No faltaba que lo dijera con todas las letras para que todos con

cuatro dedos de frente supieran a que se estaba refiriendo. Tragué saliva debido a que mi garganta se había secado y suspiré de resignación.

—Si a ti no te dejó, a mi menos

— ¿Por qué dices eso?

—Te halagó—rodé los ojos.

—Tú solo tienes que contarle lo que pasó y ya.

—No haré eso—refunfuñó.

—Entonces no puedes quejarte, tú tienes elección—ladeó la boca sin hablar, sabiendo que tenía razón.

Caminamos por el cafetín de la universidad para poder llegar a la salida. No solía ir al cafetín, a pesar de ser un lugar muy concurrido por todos los que estudiaban aquí. No me gustaba el exceso de personas en el mismo espacio que yo y menos cuando estaba haciendo algo que requería tanta paz como era comer. Pero era rutina cruzarlo todos los días dado que era el único atajo que había hacia la salida.

Muchas chicas estaban sentadas acurrucadas a los que supuse eran sus novios y por un momento me sentí incómoda y dejé de ver.

— ¿Qué película veremos hoy? —le pregunté a Bryan para cambiar la sintonía en la que estaban mis pensamientos.

— ¿Hoy? —preguntó como si no supiese de que estaba hablando. Volteé para quedar de frente a su cara y su ceño estaba fruncido.

—Sí, hoy, es miércoles—afirmé y sus ojos se cerraron chasqueando los dientes.

—Maldición, sí—no era muy común escuchar a Bryan decir groserías así que debía ser algo que le molestaba.

— ¿Pasa algo?

— Vas a matarme

— ¿Lo olvidaste? —su boca se arrugó, apenado y asintió intentando tomar de nuevo mis manos.

— Sandra perdóname, de verdad no lo recordé

— ¿Tienes otros planes o algo así? —pregunté, en realidad curiosa.

No estaba molesta, la noche de pelis era algo que generalmente hacíamos, pero no me moriría porque una vez no lo hiciéramos.

Suponía que la regla de las tradiciones no era algo que generalmente se cumpliera entonces. Aunque la curiosidad si estaba matándome.

— Saldré con Andrew al cine, se lo prometí—su boca aún estaba arrugada y con toda la fuerza del mundo que eso conllevaba, le sonreí.

— Oh, entiendo—asentí— no importa, podemos dejarlo para mañana o la próxima si quieres

— ¿De verdad? ¿No estás molesta conmigo? —Negué con la cabeza— dime la verdad— solté una risa.

— De verdad no estoy molesta contigo, buscaré que hacer

— Eres un sol Sandra—se acercó a mi cara y por reflejo me alejé. Sus cejas se arrugaron ante mi repentina reacción y me toqué el ojo disimulando. Su confusión bajó, pero podía ver en su expresión que aún lo estaba.

— Tranquilo, igual nos veremos mañana—me encogí de hombros—además te debo una— dije refiriéndome a su bicicleta.

Por primera vez en la historia pareció entender y me sonrió.

—Me deberás otra, ya verás.

Capítulo 6

De ninguna manera. Bryan en serio estaba loco.

“¿Cómo tienes eso?” envié.

“Georgina es una desquiciada mental, te lo dije”

“Pues empiezo a dudar de ti también, ¿cómo se supone que lo tienes tú?”

“De nada, mi cielo”

“No me sirve. No haré eso”

“Vamos, me esforcé por conseguírtela. Aprécialo. Harás algo esta tarde. Te dije que me deberías otra :p”

“Es una locura”

“Ella es una locura -.-”

“Tú también”

“Sé que podrás. Es un paso al menos <3”

“Un paso suicida”

“Que exagerada. Te amo, me escribes y me cuentas <3 <3”

“No habrá mucho que contar, también te amo”

Dejé el teléfono sobre la mesa y lo miré, con dudas. Pero no, era una completa locura. No era Georgina o cualquier acosadora extraña como para irrumpir en su casa de esa manera.

Necesitaba mi calificación. Necesitaba ese trabajo. Necesitaba hacer mi proyecto. Pero no haría eso.

¿Cómo carajos había conseguido Bryan la dirección de Joe Thompson? O bueno, Georgina en todo caso. Bryan podría pedirle lo que fuera y ella se lo daría sin titubear. Pero ¿hasta qué grado de acosadora tenías que ser para hacer eso?

No iba a seguir sus pasos. No sería una acosadora.

Mi mirada seguía fija a la foto de la dirección con cierta duda.

Necesitaba convencerlo de que lo hiciera conmigo. No porque quisiera, no me hacía precisamente feliz compartir equipo con alguien como él, pero era indispensable que pusiera de su parte para eso. Y de alguna u otra manera tenía que hacerlo entender eso.

Yendo a su casa sin que él supiera no creía que fuese la mejor forma pero al menos se podía intentar.

¡Por Dios no!

¿Qué estaba pensando?

No podía hacer eso. De verdad que no.

Señor misterio no tenía un carácter muy sutil que dijéramos. Hacer eso significaría hacerme salir yo misma de su radar. Pero maldición, en serio lo necesitaba. No podía sacar mala calificación por su culpa. Era toda la calificación final.

Rasqué mi cabeza, indecisa y cerré los ojos intentando pensar con claridad. Pero como siempre, mi mente me jugó una mala pasada. Al cerrar los ojos no podía imaginarme más nada que no fuese la cara de Bryan tomada por las manos de ese tal chico del cual increíblemente aún no podía recordar su nombre con el que había salido. Había reaccionado muy bien cuando me lo dijo para ser verdad tal vez.

Siempre hay una falla en el sistema. En mi sistema.

Me levanté resoplando conmigo misma y tomé el teléfono en mis manos.

“Sé que podrás. Es un paso al menos” leí las palabras y subí a la fotografía de nuevo.

Mordí mis labios y miré hacia la puerta de mi casa una y otra vez.

Al diablo.

Me levanté, volviendo a colocarme mis zapatillas machacando la cerradura al abrirla. Mi madre no estaba pero había dejado una notita avisándome que saldría.

“Posiblemente la leas cuando yo ya haya llegado pero por si tus hormonas te fallan te la dejo aquí igual” había escrito de posdata.

Tomé una de las notitas que había usado y escribí por detrás *“Mis hormonas me fallaron, saldré un rato”*

Hacer pasar la bicicleta por el callejón era un total desafío pero era mucho mejor que caminar.

Miré la dirección por última vez intentando memorizarla y metí mi teléfono en medio de mi piel y mi pantalón asegurándome de que por nada del mundo se fuese a salir. Esta vez no habría ningún Joe al rescate.

A decir verdad, no era tan lejos de aquí, pero el paseo se visualizaba mucho mejor en algo con ruedas y rápido. El parque que había elegido como punto de encuentro con mis lágrimas día anterior quedaba bastante cerca de allí de hecho. No era tan difícil.

Mis pies y piernas comenzaron a pedalear y mi pulso estaba al millón de lo nerviosa que estaba.

Estaba segura de que cometía una completa locura. Pero la vida debe tratarse de eso ¿no? Jajá, reí irónicamente en mi mente, maldita autocompasión. Crucé en la que creía que era la que me llevaba a su calle y esperé a que algunos de los coches que pitaban pasaran primero.

No quería morir cometiendo una de esas locuras que te pide la vida.

El parque se me presentó en frente y supe que al menos iba bien. Era difícil no verlo y encontrarlo, así que iba por buen camino.

La calle que daba antes de llegar a la suya se veía algo desolada y preferí tomar otro atajo que me llevaba al mismo lugar. No es que esa tampoco fuera muy concurrida pero algo era algo. Como había dicho Bryan.

Pedaleé con más fuerza para apresurarme y recordé lo que decía la dirección. Era en el barrio las torres de eso estaba segura, ¿ahora donde estaba la maldita casa?

Puse un pie en el piso para ir detenidamente mirando todas los callejoncitos que iban a dar a más casas y me preocupé, pensando en que tal vez en uno de ellos estuviera. Y pues, mala suerte de ser así porque no terminaría nunca.

Mis ojos se enfocaron en buscar lo que recordé decía la dirección y mi cabeza parecía un helicóptero intentando dar a todos lados buscando.

Casa blanca. Casa blanca. Casa blanca. Casa blanca. Casa blanca.

Rayos, había miles de casas blancas aquí. ¿Cómo se suponía que sabría cuál era?

Estaba a punto de rendirme y acertar que evidentemente había sido una mala idea venir y un pino enorme captó mi atención. Miré hacia atrás para ver si no había personas que pudieran estar mirándome y le di un vistazo a la foto de la dirección. “Casa blanca. Pino enorme”

¡Sí! La había encontrado.

Celebré quietamente mientras me acercaba, aún con el pie en el piso pero al llegar a la entrada creí que estallaría.

Aún no sabía que se suponía iba a decir. Preguntaría que como había llegado a su casa, eso era más que claro. Lo que no se veía con tanta claridad era mi respuesta inexistente.

Mis piernas se movieron por inercia hacia la entrada pero ya estaba empezando a querer

que se detuvieran. No quería hacer esto. No debía hacer esto.

Mi dedo se concentró en el punto gris en su pared y un chirrido sonó dentro de la casa. Me asusté con el mismo, aun habiendo sido yo la que lo había hecho sonar y esperé con mi cuello a punto de explotar y mi oxígeno a punto de desaparecer de mis pulmones que la puerta se abriera. El silencio era el protagonista de mi agonía y no escuché nada que me advirtiera que la abrirían.

Bien, debían de haber salido. O tal vez simplemente la dirección no era la correcta. Nadie podía decir que no lo había intentado. Ni siquiera yo misma. Un alivio recorrió mi cuerpo y bajé el escaloncito que había subido para devolverme hacia la bicicleta. El crujido de la madera contra el picaporte me hizo saltar de un susto y sostuve mi pecho para que mi corazón no se saliera en el proceso.

Una niña estaba parada en la puerta, usando un diminuto pero muy tierno vestido de flores. El cabello le llegaba hasta un poco más de sus caderas y era negro como la noche. Miró hacia donde yo estaba y luego su mirada se dirigió a la bicicleta que había dejado estacionada en su patio. No debía tener más de siete años. El resplandor de la luz de afuera le pegó en su rostro y tragué fuerte. Mis ojos se abrieron más de lo normal al ver los suyos.

— ¡Hola!—saludó, mostrándome sus dientes blancos. No hacía falta ser un halcón para mirar las pecas que el cubrían el rostro. Sus mejillas regordetas se ensancharon cuando sonrió y no pude evitar que se me contagiara también.

—Hola...—la saludé de vuelta, con menos entusiasmo del que ella había tenido para hacerlo, apenas porque hubiese tenido que salir. Sus pies estaban descalzos y los movió de lado a lado mientras miraba hacia afuera como con el deseo de salir corriendo hacia donde yo estaba.

Lo miraba con tanto deseo que por un segundo la preocupación invadió el miedo que había sentido y di un paso para acercarme hacia ella.

— ¿Estás...?

— ¡Luna! —gritó una voz fuerte y grave desde dentro y el paso que había dado se esfumó, volviendo a su posición inicial. La niña no parecía asustada ni nada por el estilo, en cambio, la serenidad que inundaba su pequeño cuerpecito era admirable. Al menos para mí que tenía diecinueve años y estaba a punto de defecar en mis pantalones— ¿por qué la puerta está abierta y estás sola allí? —la voz venía acercándose cada vez al igual que los pasos fuertes y firmes.

Mis manos se juntaron, mi garganta suplicando por hidratación y pensé en correr, escapar y nunca más volver. En realidad, ahora, por mi mente pasaban muchas cosas y todas tenían que ver con eso. No podía pensar en más nada que no fuese alejarme de allí.

Y quedó confirmado cuando Joe apareció, hecho una fiera en la puerta de la casa. Metió a la niña detrás de sí, dejando nada más que su pequeña carita a la vista.

No llevaba jeans, ni franelas de bandas, ni el cabello peinado, ni audífonos. No tenía puesta una cadena en su pantalón, no llevaba botas pesadas y su rostro no estaba cubierto por unas gafas oscuras.

Estaba parado allí, frente a mí, imaginé que siendo sólo Joe.

No fueron sólo mis ojos que se abrieron más de lo esperado cuando su mirada se posó en mí, podía estar segura de que mi boca llegaría al piso si hacía esfuerzo a abrirla un poco más. Su ojo derecho, verde como el pasto, explotaba su similitud al verse tan duro y oscuro. Y su ojo izquierdo, daba la impresión de ser un pedazo de cielo. Al igual que los de la niña.

¿Cómo podía ser eso posible?

No quería mirarlos, no quería hacerlos sentir incómodos ni tampoco tener esa falta de educación. Pero era la primera vez que lo veía sin gafas y descubría tal cosa, así que me era casi imposible quitar mi atención de él.

Sus cejas se fruncieron y pude ver por su expresión que no estaba contento con mi llegada. Me sentía tan estúpida que sólo quería empezar una escena de película de comedia y gritar

sorpresa a todo dar, reír y salir corriendo.

— ¿Sandra? —preguntó, más que confundido mientras aligeraba la protección en la niña.

—Ho... hola—no estoy segura de sí fue un saludo o un quejido porque mi voz no se alcanzó a escuchar completamente. Pero a medir por el temblor de mis manos y de mis piernas, era más lógico decir que lo segundo.

— ¿Qué caraj...—su voz se cortó al comenzar la grosería y la niña lo miró al mismo tiempo que lo hizo— ¿Qué estás haciendo aquí? —corrigió, imaginé que por no querer decir groserías frente a ella.

Una sonrisita se me escapó. No podía creer que señor misterio pudiese tener algo de ternura.

— ¿Quién es ella? —preguntó la niña, dándome tiempo para pensar.

—Es una...—su mirada no dejaba de viajar a todos lados y se posó en ella un segundo—chica—la niña arrugó su frente y haló su franela.

—Sé que es una chica, te pregunto que quien es—demandó.

Joe frunció los labios mirándome y sus ojos se pronunciaron más cuando los achicó. No podía dejar de prestar atención a ellos, nunca había visto algo así. Y menos dos veces, al mismo tiempo. Tenía conocimiento de que la heterocromía existía, pero no tenía idea de que la podía haber tenido tan cerca y ni siquiera me había percatado de ello.

Por eso siempre usaba gafas oscuras. Para esconderlos. ¿Por qué? Era algo realmente precioso e impactante. ¿Por qué alguien escondería una gran virtud?

—Sandra, su nombre es Sandra—respondió a sus órdenes y luego apretando los puños, como si le doliera terminó de decir— una amiga de la universidad.

Mis cejas se alzaron y mi boca se abrió en una sonrisa. Ni siquiera la dureza con la que me

miraba ahora pudo quitármela del rostro. Estaba realmente complacida.

—Oh—sus dientes relucieron y sus preciosos ojos brillaron— es muy bonita—dijo y sentí mis orejas ponerse calientes— yo soy la hermana de Joe. Me llamo Luna, es un placer—sus piecitos se sacudieron contra el piso queriendo moverse hacia adelante para llegar hasta donde yo estaba y el cuerpo de Joe se le atravesó en frente.

Ahora que los veía a los dos, era imposible no saber que eran hermanos. Su parecido era inigualable. Sin acotar que el pequeño detalle en común los distinguía mucho más.

—Desde ahí, para ella también es un placer.

—Pero yo quiero...—la interrumpió. No usó un tono brusco pero tampoco cariñoso.

—Ve adentro.

Luna no replicó ni una sola vez pero se despidió de mí alzando su manito. Le sonreí lo más que pude y agité mi mano también hasta que su cuerpecito desapareció entre la oscuridad de dentro de la casa.

Joe se aseguró de que Luna hubiese entrado completamente y cerró la puerta tras de sí. Bien, este era el momento, si no corría ahora, no corría nunca.

Se acercó con fuertes pasos, sin necesidad de tener ayuda de aquellas botas gigantes que usaba y su expresión hizo que mi vejiga gritara.

— ¿Qué carajos haces aquí?

—Ya despertó tu bocota—no pude evitar decir. Maldita ironía. Iba a llevarme a la muerte algún día.

—Te pregunté algo—sus hombros estaban firmes alzados contra mí. Un paso adelante y me tumbaba con ellos. No le hacía mucha falta llegarme tan cerca.

—Vine por el proyecto—dije lo primero que pude. Aunque eso era la verdad.

— ¿Es en serio? —sus ojos se achicaron de nuevo y mi boca se entreabrió al mirar mi reflejo en ellos. El verde era tan oscuro como su propia personalidad, pero el mirar el azul te infundía una paz, que podría quedarme mirando sólo ese hasta que su voz aterradora terminara conmigo. Notó que lo estaba mirando demasiado y refunfuñó.

Me apené y pestañeeé intentando mirar otra cosa que no fuese su rostro.

—Necesito tu cooperación

—No por eso tenías que venir a mi casa —bien, buen punto. En eso tenía razón— ¿cómo sabes dónde vivo?

—Eso no importa— si importaba y mucho— sólo necesito que me digas que cooperarás y colaborarás conmigo en el proyecto, que seremos un equipo.

—Lo haré—dijo cruzando sus brazos apretando su pecho y por encima de su franela pude ver como se le marcaban los pectorales. Mis cejas se arrugaron por su tranquilidad y canté victoria en mi mente.

—Bien... no pensé que fuese a ser tan fácil...—dije dudosa.

—Pero si me dices como carajos estás en mi casa—y listo, estaba arruinada.

—Joe, eso no impor...

— ¿Cómo-sabes-dónde-está-mi-casa? —su paciencia estaba por agotarse y me rendí.

Estaba dispuesto a cooperar si le decía. Pero no quería quedar como una acosadora ni mucho menos quería que pensara que me interesara tanto como para venir a irrumpir a su casa.

Me encontraba entre la espada y la pared y Joe, que era la espada estaba a punto de masacrarme si seguía un segundo más callada.

—Te vi cruzar aquí un día antes de volver a casa—mentí. La calle de Joe no era un trayecto que yo transitara para ir a mi casa. De hecho, no tenía nunca necesidad de pasar por allí, así que

era poco probable que eso de verdad ocurriera.

Aún así, no quise meter en problemas a nadie. Mucho menos a Bryan quien era que me había conseguido la dirección.

— ¿En serio hiciste eso?

—Yo no hice nada

—No me gusta que estés aquí—arrugué la nariz.

—A mí tampoco me agrada estar aquí campeón, pero era esto o nada. No me permiten cambiar de pareja ni tampoco hacerlo sola

— ¿Por qué te importa tanto esa maldita cosa?

—Porque es una calificación—me quejé, sin entender su desinterés— la mayor calificación de su materia. Por eso me importa

—Aprobarás con cualquier otra cosa que entregues, ¿no puedes simplemente...?—lo interrumpí, intentando llevar mis hombros a la misma posición que él los tenía.

—Hiciste un trato

— ¿Un trato? —bufó.

—Te digo, tú cooperas. Eso fue lo que dijiste.

—No recuerdo haber dicho trato en ninguna parte de esas palabras.

—Pero diste **tu** palabra—hice énfasis en el tú. Me sentía agotada y suspiré, queriendo quitar los grumos de rabia e impaciencia que se me habían acumulado en el cerebro— Joe, sé que no te importa. No quiero obligarte a que te importe tampoco. De eso no se trata. Incluso siento haber venido a tu casa de esta manera. Pero es algo que si es importante para mí y sólo necesito que cooperes un poco. Yo haré casi todo, si quieres. Pero sólo ayúdame, es un trabajo de dos.

Las arrugas de su frente iban desapareciendo conforme iba hablando y mi tono de voz tanto como la rabia que tenía se suavizó también al ver su expresión cambiante. No conocía a Joe, ni tampoco me moría por conocerlo. Pero no quería llevarme mal con él. Ese no era tampoco el camino más fácil.

—Si no vuelves a hacer algo como esto, te ayudaré—celebré con los dedos, para intentar ocultar mi emoción.

—Bien

—Y no me estarás fastidiando, lo haré porque yo quiera—ladeé la boca y él entrecerró los ojos así que la acomodé rápidamente asintiendo— sólo te permitiré que me expliques, no que me digas qué hacer.

— ¿Por qué estás poniendo las reg...?—empecé a quejarme y me interrumpió.

— ¿Tenemos un trato? —imitó el tono de mi voz y una sonrisa de lado se me escapó mientras alzaba la mano para tomar la suya.

—Lo tenemos.

Capítulo 7

Bryan no había llegado a la universidad y me sentía enteramente sola, así que le envié un mensaje.

“Hey, ¿vienes?”

Mis dedos se movían impacientemente sobre la mesa con mi vista fija al teléfono y pellizqué mi boca al no recibir respuesta.

“Dígnate a venir; no sé qué hacer aquí sola”

Le envié otro y la flechita de entregado apareció. Al menos ya lo había recibido, solo esperaba que no tardara tanto en responder.

El aula, como todas y cada una de las mañanas se avivó en cuanto el profesor hubo cruzado la puerta. Era uno de los pocos que casi nunca venía, así que no le conocía la cara muy bien.

Miré hacia la puerta mientras todo el gentío entraba con la esperanza de que Bryan estuviese incluido allí. Pero no, muchas cabezas conocidas y desconocidas seguían pasando sin ser él el dueño de ninguna de ellas.

Un tintineo en mi teléfono sonó y lo tomé entre mis manos rápidamente. Mi ceño se frunció al ver que era un número desconocido. Tal vez fuese Bryan avisándome de otro lado.

“¿Te emocionaste?”

Hice zoom con los dedos para ver si lo que había leído no era producto de mi imaginación, pero estaba perfectamente escrito como lo estaba viendo.

Un toquecito a mi pupitre me hizo voltear y mi boca se abrió cuando vi a Joe sentado diagonal a mí, con un teléfono en sus manos. Tenía puestas las mismas gafas de siempre pero su boca estaba ligeramente estirada dando la impresión de ser una sonrisa. Su mandíbula era fuerte

así que todo lo que hacía parecía ser algo oscuro.

¿Cuándo carajos había llegado?

Hizo mover el móvil como dándome a entender que había sido él y luego miró hacia la ventana como era su costumbre.

Aún seguía en shock y no sabía qué cosa cuestionarme primero. Así que me levanté hacia él ya que en mi misma no iba a encontrar respuesta.

— ¿Cómo tienes mi número? —le pregunté, sin importar si tenía los audífonos enterrados. Si podía escuchar la clase todos los días con ellos así, podría escucharme a mí que no estaba a más de cuarenta centímetros de distancia.

Como esperé, volteó y supuse que me miró.

Aún seguía sin entender por qué su afán de esconder sus ojos. Eran realmente bonitos. No entendía por qué la aspiración a mantenerlos detrás de cristales oscuros. Quería quitárselos de una buena vez y hacerle que los luciera.

— ¿Tú puedes tener mi dirección y yo no tú número? —tragué saliva.

Odiaba cuando decían algo con lo que no podía debatir.

No era orgullosa ni nada por el estilo, pero me gustaba defenderme y no podía pensar en ninguna defensa para eso.

— ¿Cuándo llegaste? —cambié de pregunta. Si no era capaz de responder a eso, no iba hacer otra cosa que fuese peor.

—Hace un rato, después que tú

—He estado aquí y no te vi entrar—ladeó la cabeza encogiéndose de hombros.

—No eres muy observadora—se limitó a decir.

No necesitas ser muy observadora para notar la presencia de Joe. Es tensa y aterradora. La sientes a kilómetros de distancia y las oyes gracias a sus zapatos pesados. Aún así, no había logrado percibir cuando había llegado o no y me pareció extraño.

El silencio entre los dos se había hecho presente y me pareció grosero simplemente irme a mi puesto y ya.

—Ahora yo tengo el tuyo— dije queriendo romper el hielo que había comenzado a formarse.

—Ahora tendrás más formas de fastidiarme—dijo, moviendo la boca a un lado. No era una mueca, ni tampoco se veía de desagrado, era algo así como lo que había hecho cuando escribió el mensaje. El intento de una sonrisa.

—Pues, es tu culpa—dije frunciendo los labios queriendo sonreír también.

—Eres impresionante —mencionó de repente tomando una larga respiración dejando de mirar la ventana. Mi boca se entreabrió confundida y él lo notó—nunca había visto tanta perseverancia en una sola persona. No sé cómo te cabe siendo tan pequeña—bromeó.

—Me gustan las buenas calificaciones—solté una risita mirando hacia mis pies.

—No me refería exclusivamente a eso—dijo dirigiendo su cabeza hacia la puerta e instintivamente me hizo voltear.

Bryan batía su cabello con ayuda del aire acondicionado y su mirada se iba a todos lados imaginé que buscándome. Fruncí el ceño hacia Joe porque hubiese dicho eso justamente en el momento en que hubo entrado Bryan y por un momento recordé la misma mirada de Clarisa.

Mi boca esta vez sí consiguió abrirse más y él extendió su cuello, posando su vista hacia afuera.

—Lindura—escuché la voz cantarina de Bryan y un escalofrío me recorrió la espalda al voltear, aún anonadada.

No había pasado más de una semana desde que dos personas habían notado mi gran y al parecer demasiado evidente obsesión amorosa por Bryan. Y eso, no podía ser bueno.

Se acercó para darme un beso en la mejilla y le sonreí, mi boca temblando.

—Joe—dijo asintiendo con la cabeza y él volteó para asentirle de vuelta.

Lo miré, con mi respiración a mil y él me alzó las cejas por encima de sus gafas.

—Tengo tanto que contarte—dijo Bryan, gracias al cielo, sin notar la tensión que había en el ambiente. Me moví, alejándome por completo de Joe y me senté junto a Bryan en nuestras mesas —pero será después de clase, no quiero que nos saquen—susurró lo último y le asentí, la sonrisa nerviosa todavía en mi cara.

Odiaba tener cosas en la mente las cuales no conseguía resolver. Hasta que no estaban solucionadas no me permitían pensar en otra cosa y mucho menos prestar atención a las cosas que pasaban a mí alrededor.

Si seguía así, mi fama de buenas calificaciones definitivamente estaría en pique.

Intenté tomar el lápiz para anotar lo del pizarrón pero no podía evitar voltear a cada minuto hacia el asiento de Joe.

Tenía unos hoyuelos extraños en las mejillas que se le formaban sin necesidad de sonreír. Pero en vez de hacerlo parecer tierno, sólo le daban un aspecto más serio del que tenía. Sin embargo, la forma en que sus piernas se relajaban por debajo de la mesa parecía mostrar cuan en realidad tranquilo podía comportarse cuando algo le parecía.

Me recordaba mucho a la situación con sus ojos. El duro como el pasto, el dulce como el cielo.

Me había dejado anonadada que se hubiese referido a eso con tanta seguridad. Ni siquiera yo lo podía decir de esa forma que conocía perfectamente mi situación.

—Supongo que todo salió muy bien con Joe—murmuró Bryan a mi lado y me quité el lápiz de la boca.

— ¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—No has dejado de mirarlo desde que llegué—mis mejillas enrojecieron.

—Claro que no—sus manos agarraron fuerte mis brazos y puso su cara debajo de la mía para que quedara en cubierto con el que estaba sentado delante.

— ¿Descubriste algo oculto en él? —Sus cejas se alzaron repetidas veces— ¿Hay algo escondido detrás de esa capa de oscuridad? ¿Cuerpo delgado y caliente? ¿Cuerpo fornido y caliente? ¿Tatuajes? ¿Piercings? ¿Algo caliente?

— ¡Bryan! —me quejé.

—Oh vamos, se ve caliente con todo ese luto encima, debe verse mucho más sin ella. Y tú debes estarlo mirando tanto por algo ¿hay algo que tú sepas que yo no? —desafió mirándome fijamente.

Tragué saliva. Los ojos de Joe y su hermanita fue lo primero que me pudo venir a la mente en cuanto de algo oculto me habló. La niña no parecía haber hecho mucho esfuerzo en esconderlos, pero si Joe tenía tanto en afán en hacerlo, por algo debía ser. Así que el traicionar eso, así no tuviese idea de por qué ni me importara, en ese momento me pareció algo que no debía de hacer.

—No, es sólo el que ves aquí—mentí, tocando las hojas vacías de mi cuaderno.

—Ah—dijo tirando su espalda a la silla, decepcionado—pensé que era un misterio.

Lo es.

—Sí, yo también—ladeé la boca.

—Pero en fin, ¿tu proyecto estará bien?

—Sí—asentí.

Igual que las otras veces sin darme cuenta el timbre de la hora sonó y lancé el lápiz en mi bolso, guardando el cuaderno vacío reiteradamente. Lo había tirado con molestia y es que en realidad lo estaba.

—Pues bien, eso era lo que importaba—saltó hasta mi mesa y colocó su trasero en la tabla—ahora viene lo bueno—sonrió con todos los dientes.

Podía ser que tuviésemos un concepto diferente de lo bueno, pero siempre había escuchado sus historias locas por muy dolorosas que pudiesen haber sido para mis oídos y mi corazón. Claro que ahora tenía que ser diferente. Me había prometido a mí misma que no seguiría ese camino otra vez.

Bryan era y sería mi mejor amigo solamente. Y tenía que entenderlo.

Comenzó a contarme desde que salió, con su camisa azul y pantalón negro y se subió en el taxi con el chico hasta que llegó a su casa. Habían ido al cine, habían visto una película de superhéroes y como no había casi personas en la sala, le había hecho un oral ahí mismo.

Algo sutil para Bryan, claro está.

La casa del chico estaba sola así que fueron a pasar la noche allá. Una velada hermosa, dijo.

Habían llegado, habían cenado y como todo cuento bonito y de Bryan, habían terminado teniendo sexo. O como dijo él, haciendo el amor.

Se había quedado a dormir allí (evidentemente) y por la lejanía de la casa del chico a la universidad había llegado tarde.

Bryan era un as para los detalles. Le encantaban.

Ya podía entender porque me lastimaban tanto sus historias.

No había escuchado mucho de ello porque no quería pero trataba de asentir cada vez que

llegábamos a una parte de la historia donde se suponía que yo tenía que reaccionar a algo.

Mi pierna se movió y salté del susto por la vibración que provocó mi teléfono.

Tal vez fuera mi madre, no la había visto al salir de casa. Otra vez no estaba.

Dejé que Bryan siguiera hablando mientras con sutileza desbloqueaba la pantalla e intentaba ver qué quería decirme. Pero no, no era mi madre.

El mismo número desconocido del que había recibido el mensaje de esta mañana era el protagonista de este show. Joe.

“Cuando termines de sufrir, me buscas en la biblioteca”

Apreté los dientes. Odiaba que fuera tan arrogante. Odiaba a la gente arrogante.

Fingí terminar de escuchar la historia de Bryan hasta el final e hice pensar una pregunta que resumiera todo lo que podía haber dicho.

— ¿Cuándo volverán a salir?

—No lo sé—se encogió de hombros, con una sonrisa oculta—tal vez vaya a casa. A mamá le gusta mucho.

Respiré profundo. No debes dejar que te afecte.

—Sí, sé que a tu mami le encanta—forcé una sonrisa tierna.

—No estés celosa—rió y mi corazón se detuvo. ¿Acababa de decir que...?— sabes que mamá te adora por encima de cualquiera que haya llevado a casa. Hombre o mujer, siempre has sido su favorita— mi pecho bajó, en un alivio absoluto y cerré los ojos.

—Sí—asentí—yo la adoro a ella también.

—Lo sé, yo a las dos—sonrió.

Mi teléfono volvió a pitar y lo revisé de nuevo.

“Vamos, no tengo toda la mañana. Me pediste que cooperara y lo estoy haciendo. No me la estás poniendo fácil.

Odio esperar”

— ¿Me esperas? Iré a la biblioteca un momento

—Está bien, igual muero de hambre, estaré en el cafetín—asentí.

Mis pies se movían con rapidez hacia la biblioteca y me chité a mí misma cuando la puerta detrás de mí se cerró rápido.

Solía pasármela aquí en primer semestre en los momentos en que quería estar sola. La gente no es amante de los libros y mucho menos de un lugar donde tengas que estar en silencio todo el tiempo que estés allí, así que era perfecto para ese propósito.

Saludé con la mano a la profesora encargada de ella y me sonrió amablemente. Mis botas le susurraban al suelo y después de tanto mirar a todas las mesas encontré a Joe sentada en la última y recóndita donde por lo visto sólo él se sentaría. Ni en mis momentos de más necesidad de soledad llegué a tocar esos puestos.

Caminé hasta allá, mientras suponía que me veía en el proceso.

— ¿Es aquí donde asesinas a tus víctimas? —hice una broma al llegar referente al rincón donde nos habíamos metido.

—No, aquí no pueden hacer ruido—respondió siguiéndome el juego, resultando completamente aterrador.

Sus manos se posaron en la mesa y me hizo señas que no pude comprender.

— ¿Disculpa? —pregunté, insegura de a lo que se refería con su movimiento de palmas.

—Las instrucciones del trabajo, ¿las tienes?

—Oh sí, claro, siempre las cargo conmigo—hice sonar el cierre de mi bolso.

—En espera de mi rendición—dijo mientras las tomaba en sus manos.

—No pensé que fueras tan gracioso—respondí en sarcasmo a sus múltiples contestas.

—Ni yo que tú acosaras así, pero supongo que todos nos llevamos ciertas sorpresas en la vida.

Mis orejas ardieron en vergüenza y molestia y me limité a refunfuñar por dentro.

—Era necesario—debatí.

—Tenemos definiciones de necesario diferentes, me temo.

Arrugué la boca cruzando los brazos.

Su ceño se fruncía repetidas veces mientras acercaba la hoja más a su cara intentando leer lo que la hoja decía.

—Deberías quitarte las gafas. Este salón es oscuro y tus gafas también, puedes dañarte la vista.

—Estoy bien así, se ve todo bien.

— ¿Sí? —Le tomé la hoja de las manos— ¿qué dice aquí? —pregunté señalándole con el dedo sin apartarme mucho de su cara hacia una de las letras más pequeñas que tenía.

Su boca se apretó por mi atrevimiento y por un segundo me dediqué a observarla. Sus labios eran lo único que le daba un aspecto delicado a su rostro. Lo demás, incluyendo sus pómulos fuertes y marcados gritaba rudeza. En cambio ellos, eran gruesos y rosados, como los de una chica, pero sin quitarle la gracia varonil. Tenían ciertas grietas entre ellos tal que si estuviese deshidratado y como si me hubiese leído la mente pasó la lengua entre ellos rápidamente.

—Dámela, estaba viéndolo perfectamente. Si me lo pones a esa distancia es obvio que no lo veré.

— ¿Por qué no te los quitas? No hay nadie aquí—dije, refiriéndome al hecho de que

prefería esconderlos.

—Tú no eres nadie

—Yo ya te los he visto—rodé los ojos— no deberías ocultarlos, son muy bonitos—confesé, con total sinceridad. Pude ver el movimiento de cejas que hizo por debajo de las gafas pero a pesar de ello no respondió, ni se las quitó.

Ladeé la boca y suspirando comencé a mirar a mi alrededor. Nunca había estado en esta parte de la biblioteca, así que podía decirse que era algo nuevo todo lo que estaba observando.

Había un montón de libros apilados en una esquina tras otra y se podía ver que sus hojas ya estaban desgastadas. Tal vez hasta ni se pudiesen leer. Suponía que por eso nadie visitaba esta parte.

A pesar de que no estaba descuidada ni fea, no era precisamente el rincón donde quisieras meterte. Era oscuro, sombrío y extremadamente solo.

Como mi compañero. Supongo que por eso me trajo aquí.

Moví mis deditos en la mesa a la espera y él subió la cabeza después de un rato.

—Odio esto—dijo chasqueando los dientes y me coloqué de inmediato a la defensiva— sí lo haré—refunfuñó como si me hubiese leído la mente igual que hacía rato— pero eso no quiere decir que no lo odie.

—Es sólo una tarea de socialización y relación personal

— ¿No es suficiente razón para odiarla?

—Si no tienes nada que esconder, no—mencioné, queriendo que la indirecta le llegara.

—Tienes mucho material para esa insinuación Jensen—dijo resoplando, haciéndome callar de un solo golpe.

Lo había hecho, de nuevo.

— ¿Por qué dices eso? ¿Por qué dijiste eso?

—No hace falta que te diga lo que tú misma escondes, no tiene sentido—mis labios formaron una línea. No me gustaba eso, para nada. No que lo hiciera.

Me hacía sentir débil y vulnerable.

El que otra persona supiese lo que me esforzaba tanto por guardar y más si no la conocía me hacía sentir realmente débil y vulnerable.

Supongo que eso mismo debía sentir mi madre y por eso me obligaba a ser así.

—Bien—me limité a decir y él soltó una risa pequeña.

Entrecerré los ojos, algo enfadada y me crucé de brazos esperando a que se dignara a terminar de leer algún día.

Sus cejas arrugadas creaban un efecto gracioso en su frente y sonreí cuando los pelitos le cayeron sin permiso formando un remolino. Una cosquilla en mis dedos por querer quitarlos de allí y acomodarlos salvajemente en su cabello picó y los escondí entre mis brazos para calmar esa ansiedad. No me gustaba sentir ese tipo de cosas por alguien como Joe.

Me preguntaba qué clase de cosa lo había llevado a ser tan amargado o si simplemente era tosco y hostil por naturaleza. No podía concebir como alguien pudiese tener cara de amarre todo el día.

—Esto es una mierda—dijo en voz baja mientras su dedo seguía la lectura.

—Te escuché—dije aclarándole.

—Lo dije para que lo hicieras—debatí.

Refunfuñé y me eché hacia atrás, en rendición. Aunque no duré mucho tiempo ya que el golpecito que la mesa recibió me alertó.

— ¿Cuándo empezaremos esto? —preguntó aferrándose al papel entre sus manos.

—No lo sé, he tratado de llegar a esa conclusión desde hace mucho, gracias por notarlo—su mandíbula se apretó, pero sin ser rudo. La esquina de su boca se curvó y miró hacia el papel como si no soportara querer sonreír.

Bendito hombre extraño.

—Bueno. ¿Qué tal empezar en tu casa? —mis cejas bajaron.

— ¿Mi casa?

—Sí—afirmó—a menos que quieras hacerlo aquí, no tengo ningún problema con eso.

— ¿Por qué no en la tuya? —rebatí, queriendo que cediera.

No llevaba a nadie a casa. Bryan había ido unas pocas veces y por cuestiones de urgencia. A mi madre no le gustaban las visitas y mucho menos que estuviesen rondando mucho por ella.

A decir verdad, a mí tampoco era que me atrajeran mucho, razón por la que sólo habían sido razones de urgencia las visitas de Bryan.

Mi casa, desde hacía tiempo, específicamente desde lo que había pasado, se había convertido en un lugar hostil, amargo y oscuro. Tal vez Joe y él se llevarían bien. Un hogar digno de él.

No me gustaba estar en casa, pero era mía así que tenía que estarlo.

Me sentía tensa con sólo estar allí. El que otra persona sintiera el mismo ambiente no me ponía de buen humor. No quería que nadie fuese participe de todo lo que había escondido entre las paredes. No nadie más que mi madre y yo.

—Nadie va a mi casa—dijo firmemente.

—Nadie va a la mía tampoco

— ¿De verdad? —parecía sorprendido.

—Sí—me apené al decirlo al ver su sorpresa. No esperaba que reaccionara de esa forma.

—Piedra, papel o tijera—un resoplido salió de mi nariz y lo miré, incrédula.

— ¿Qué?

—Un, dos, tres, ya—sacó de atrás de su espalda su mano envuelta en un puño y aún me encontraba algo confundida. No pensé que fuese cierto hasta que hubo contado— Vamos Jensen, tienes que sacarlo al decirlo. ¿Nunca cursaste preescolar?

No entendía su obsesión y fijación por llamarme por mi apellido, para algo mi madre me había puesto un nombre.

Comencé a agitar la mano derecha y él captó de inmediato imitando mi acción. Su boca se movió contando y concentré mi atención a ella hasta que sus dientes se hubiesen juntado para terminar de decir el “tres”.

Mis dedos parecieron haber cantado victoria cuando mi tijera imaginaria cortó su papel. Su labio superior se levantó y chasqueó los dientes.

—A las cuatro. Ni una hora más, ni una hora menos.

Su silla hizo un sonido estruendoso que estoy segura que de haber estado más cerca nos hubiesen botado y caminó detrás de mí haciéndome voltear.

Mi boca se había abierto y me paré, pero sin intenciones de perseguirlo.

—Tsss tsss—llamé, mirando hacia su espalda firme y ancha.

—Era un trato Jensen, a las cuatro, dije—ordenó, sin hablar duro, pero si lo suficiente para que escuchara.

Mis brazos cayeron a los lados, esperando a que mi cerebro se dignara a procesar todo, pero las únicas palabras que pudo descifrar fueron...

¿Qué carajos?

Capítulo 8

Ni un solo mensaje.

Había sido completamente olvidada. Y con olvidada me refería a que Bryan no me había escrito en lo que restaba de día. No nos habíamos visto al salir de clases y supuse que había tenido otras cosas que hacer. Pero, en fin, no era algo que tuviese que preocuparme, intenté convencerme.

Tiré el teléfono contra la almohada mientras me sentaba a regañadientes en la cama. Eran casi las tres y media. No me había arreglado, ni vestido y estaba lejos de estar lista para ir a casa de Joe.

Aún no había entendido muy bien, pero lo que más suponía era que el juego había sido para decidir, de manera madura claro está, a que casa iríamos para lo del proyecto. Me había resultado extraño que cediera, pero a lo mejor por eso se había ido de manera tan... bueno, tan Joe.

Me miré frente al espejo, resoplando al ver mi cabello alborotado y sin arreglo. Nunca había encontrado una manera sutil y delicada de hacer que pudiese agarrar acomodo. Lo tomé entre mis manos y lo sostuve en una coleta alta.

Había sacado un montón de ropa, y no entendía por qué me había preocupado tanto por lo que me iba a poner.

Sólo iba a hacer parte de un proyecto.

En casa de Joe.

De Joe.

No tendría ni que estar preocupada por si mi cabello se acomodaba o no.

Decidiéndome por una blusa azul, casi del mismo color pasivo, tranquilo y dulce que su ojo

intenté que se me viera bien en el cuerpo. Me dejé el cabello tal y como me había quedado y eché un suspiro antes de tomar mi morral y salir de mi cuarto.

A pesar de que tenía incluso mi propio espacio, no me gustaba estar allí. Sólo me metía para dormir y llorar. Cosa que hacía que en los momentos donde me sentía bien lo aborreciera.

Abrí la puerta llamando la atención de mi madre quien volteó, dedicándome una sonrisa al mirarme.

—Me gusta—dijo mientras cosía lo que parecía ser un pantalón.

—¿Qué? —pregunté, haciéndome la ingenua.

—Tu cabello, se ve lindo de esa forma

—De la única en la que lo hace—ladeé la boca, sonriendo después.

—¿Verás a Bryan? —su lengua mojó el hilo que se disponía a meter en la aguja.

—No—negué con la cabeza, aunque no pudiese verme— iré a casa de un compañero. Tenemos un proyecto juntos.

—¿Con Bryan?

—No mamá, sólo nosotros dos—rodé los ojos.

—Bien, lloverá esta noche, asegúrate de llevar algo para protegerte—bromeó y tomé mis llaves de donde estaban guindadas para meterlas en el bolsillo de mi jean.

—No fue mi elección—me limité a decir mientras caminaba hacia la salida— te amo, te veo en la noche.

—Yo te amo más, ten cuidado.

Asentí, de nuevo, aunque no pudiese verme y bajé con rapidez hacia la bicicleta de Bryan. Algún día tendría que devolvérsela, mi robo había tomado largo plazo.

Mis botas se amoldaron perfectamente a los pedales y eché camino.

Me sentía algo nerviosa de encontrarme yendo de nuevo a casa de Joe, pero el viento me ayudó a que mi frente no se sintiera tan caliente como presentía que estaba. Solía parecer un horno andante cuando me ponía nerviosa.

Mis piernas se movían a un ritmo apurado, mis ojos puestos en el camino. No era tan difícil como la última vez, sabía por dónde ir, hacia donde moverme y recordaba cual era la casa. Diagonal a mí ya me había encontrado el parque del sufrimiento y de allí rápidamente crucé.

Debían ser casi las cuatro. No quería que Joe se desanimara y se negara a ayudar solo porque hubiese llegado tarde.

Pedaleé lo más rápido que pude y me sostuve fuerte del volante de la bicicleta cuando crucé dos veces, intentando llegar por el mismo lado que la última vez.

El pino que estaba fuera de la casa descargó un alivio en mi interior que me decía que ya había llegado por fin.

Estacioné la bici, sin acercarme mucho al frente de la casa y halé mi blusa quien debido al viento y el movimiento se había levantado un poco dejando ver parte graciosa de mi abdomen y mi ombligo. Pasé la mano por mi cabello y la quité, inquieta de que me preocupara tanto mi apariencia.

Mis pies rozaron contra las escaleritas que había antes de llegar a la puerta y suspiré una vez más, haciendo mi mano un puñito para comenzar a tocar.

El abrir desenfrenado e imprevisto de la puerta me hizo pegar un salto junto con un grito y sentí como mi pulso iba a aumentando poco a poco y disminuyendo a su vez cuando me di cuenta de que sólo había sido Joe. Llevé la mano a mi pecho, intentando que todo el oxígeno que había perdido mi cerebro volviera a su lugar y tragué saliva.

—Llegaste a tiempo—dijo mientras sostenía la puerta. Tenía puesta la misma ropa con la

que lo había visto en la universidad y no se había quitado las gafas oscuras.

¿Quién carajos usaba gafas oscuras dentro de su casa?

—Si, al parecer —asentí.

—Qué bueno, sólo tenemos media hora—se volteó dirigiéndose adentro y me quedé allí parada, sin estar segura de que hacer— ¡Jensen! —gritó y mis pies reaccionaron de inmediato a su voz mandona y grave.

No tenía idea de por qué me llamaba por mi apellido y no por mi nombre, pero al menos nadie más me llamaba así. Así que no tendría problemas en el futuro por saber a quién se refería cuando lo dijera.

Casi todas las luces estaban apagadas cuando entré y mi rodilla tropezó con algo duro y frío. Me quejé por lo bajo y la sostuve hasta que el dolor inicial del momento se pasara. Coloqué mis manos en frente intentando averiguar más o menos que podía ser lo que se me fuese presentando en frente para no chocar de nuevo.

Mis dedos afortunadamente sólo tocaban cosas duras advirtiéndome de que otro golpe se acercaba. Escuchaba el roce de nuestros pies contra el piso y me detuve al chocar con algo muy grande. Supuse que era una pared y la palpé para asegurarme de que mi nariz no la conocería primero que el resto de mi cuerpo. Esperaba poder quedarme cerca de ella e irme moviendo acorde a como estaba.

Mi mano derecha se aferró a la pared dura y fruncí mi ceño al sentirla tan caliente y cálida. Nunca había tocado una pared... cálida.

Me moví con cuidado, mis pies al mismo ritmo y me volteé para ponerme de espaldas hacia ella. Se sentía extraña contra el cuerpo y necesitaba de verdad que Joe encendiera la maldita luz. No podía arrastrarme por las paredes como un bicho y menos en una casa que no conocía ni era mía.

Un aliento caliente y cálido al igual de cómo se sentía la pared apareció en mi cuello y pegué un grito sintiendo de inmediato como una mano cubría mi boca volteándome hacia lo que supuse que era el frente.

La luz fue encendida como si hubiesen escuchado mis peticiones y mi pecho se contrajo cuando me encontré a Joe en frente de mí, cerca como el demonio. No se había quitado las gafas y al tener mis manos sobre su pecho me di cuenta de que la cosa dura y cálida que había tocado no era precisamente una pared. Mis ojos se abrieron exasperadamente y quise gritar de vergüenza cuando sus dedos me alertaron de que no lo hiciera. Se aferraban a mi rostro como si de eso se tratara su vida.

Quitó mis manos rápidamente de su pecho y picaron al extrañar el contacto del que habían sido participes.

Su ceja se levantó indicándome que no hiciera nada a medida que soltaba con delicadeza el agarre de mi cara, haciendo cosquillas en mi mejilla. Llevé mi mano a ella cuando la hubo soltado y rasqué, disimuladamente.

—No hagas ruido aquí—mandó— no en esta área al menos.

Ahora que la luz estaba encendida podía darme cuenta de que la casa no era como me la imaginaba, ya saben, sombría y oscura, como Joe. Las paredes estaban pintadas de un muy bonito color perla y todo parecía tan perfectamente acomodado que me hacía sentir mal con respecto a la mía. Nos encontrábamos ahora en la sala de estar y por lo que podía ver nos dirigíamos hacia el comedor. Era una gran casa. Muy grande.

Había miles de fotos en las paredes cuando entramos al comedor, todas de Joe la niña que había visto ese día. Una sentados afuera, una de pie, una en lo que parecía ser un centro comercial, una en el campo y pare de contar. Pero todas solo de ellos dos. Se veía tan sonriente y feliz que se me hizo difícil reconocerlo al instante.

Busqué entre todas ellas, una donde sus padres aparecieran, pero absolutamente todas eran de solo ellos dos. Fruncí el ceño algo intrigada y mi mente viajó por la posibilidad de que la niña fuese algo más que su hermana.

¿Y si era su hija? Me pregunté.

Sacudí la cabeza. No. Era muy grande para ser hija de Joe. No le calculaba más de veintidós y a la niña diez, así que no era lógico que la hubiese tenido a los doce. Tenía que ser su hermana o algo así.

—Puedes sentarte si quieres—dijo haciendo sonar una de las sillas. Reaccioné a su ofrecimiento y me dirigí hacia donde estaba, colocando mi trasero en la suave silla acolchonada—no tenemos visitas a menudo—nunca, por lo que me dijo su tono de voz— así que no tengo mucho que ofrecerte— frunció los labios, como apenado— ¿te gusta el jugo de naranja? —asentí de nuevo, extasiada con su trato amable. No era así siempre, así que no creía que estuviese mal aprovechar.

Lo veo mientras se voltea tomando un vaso de los trastos que ya había lavado y camina hasta la nevera para servírmelo.

Sus pasos son relajados, pero a la vez tan aterradores, que me imaginé que lo único que había logrado darle ese toque calmado era el sentirse cómodo en su espacio. Coloca el vaso delante de mí, de donde estoy sentada y no puedo deducir si me está mirando, pero igual sonrío antes de tomar un sorbo y le doy las gracias.

Me pregunto si por su mente no pasará el incidente que acabábamos de tener. No había tenido expresión alguna ni había dicho nada, así que suponía que no le había importado ni le causaba efecto, aun cuando su pecho, duro como una roca o como una pared, tal y como lo había confundido había estado contra mis dedos, mis manos y mi cuerpo.

A dudar por la personalidad de del señor misterio, simplemente no lo hacía o haciéndole

honor a su apodo, señor misterio nunca lo diría.

— ¿Trajiste la hoja? —Me pregunta abriéndose paso en una de las sillas— olvidé tener una copia de ella.

—Sí, aquí está —hago a buscar mi mochila y olvido que la había tirado en el piso apenas llegué debido a que todo estaba oscuro— rayos, la dejé allá, voy a buscarla—me frena.

—Yo lo haré, termina tu jugo—se levantó y sonreí porque a pesar de querer ser amable, seguía sonando rudo.

Miraba a mi alrededor intentando buscar algo que me pudiese dar pistas y averiguar más cerca de Joe, pero nada sobre la casa que veía ahora me decía algo sobre lo que había conocido del que era Joe. La mesa estaba puesta de acuerdo con el color de las paredes y el centro de mesa parecía haber sido con mucho cuidado, un día de solo dedicado a eso. Era algo femenino y supuse que lo había elegido la niña en vez de Joe.

Escuché sus pasos venir y colocó mi mochila en frente volviéndose a sentar donde estaba esperando por mí.

Sostuve la hoja entre mis manos dejando caer la mochila a mis zapatos.

— ¿Puedes leer la penúltima parte? —me preguntó, sin querer leerla él, imaginé que por lo difícil que se le haría con las gafas oscuras.

—Claro—dije, buscándola— dice: “Conocer a otra persona no se basa en solo saber datos biográficos de la misma. En este proyecto debe consistir en esforzarse por entender y conocer la personalidad completa o por lo menos cerca, del individuo. Sus hábitos, sus manías, como se mueve, como habla, sus talentos, sus gustos y, por último, pero no menos importante sus dolores, y el modo de mejorar sus defectos...”

—Hasta ahí—me interrumpió— ¿Cómo carajos haremos eso? Es la parte que resume el todo.

En realidad, Joe tenía razón, Clarisa se había dado la tarea de darnos una hoja inmensa cuando sólo tenía que darnos eso.

—Pues...no lo sé, ¿qué tal una lista? —propuse, siendo lo primero que se me había ocurrido.

— ¿Una lista? —preguntó, alzando las cejas en interés, y fruncí los labios deseando que se quitara las malditas gafas y que pudiese ser más fácil leerlo.

—Sí, anotar cosas que vayamos conociendo el uno del otro, así sean cosas sencillas y luego redactarlos correctamente para el proyecto. No estoy segura de que sea una buena idea como tal, pero al menos podríamos empezar con eso...—volvió a interrumpirme.

Anotar en la lista, le encanta interrumpir.

—Es perfecta—asintió.

— ¿Qué? ¿De verdad?

—Sólo tendremos que notar cosas del otro, y ponerlas por escrito—se encogió de hombros —no me parece algo difícil. Además, cada uno lo tendrá y se mostrara al final, así que eso solo lo hace mejor. Luego solo tendremos que buscar soluciones.

— ¿No lo mostraremos?

—No...—dijo, en su tono de voz inseguridad de si estaba en lo correcto o no—bueno, pensé que no.

—Me parece bien, es buena idea—sonreí de medio lado.

Era extraño hablar con Joe de esta forma, a pesar de nuestras palabras cortas y frases sin terminar, no sentía el ambiente pesado. Solíamos ser hostiles entre los dos las pocas veces que habíamos coincidido, pero era porque uno empezaba a serlo. Generalmente Joe. Podía recordar aquel día de clases en el que su expresión aterradora me había hecho querer no haberlo

confrontado ni mucho menos haberle hablado fuerte. Su aura solo me hacía querer escapar. No quiero decir con esto que ahora precisamente no me aterrara, pero si era mucho mejor que sentir solo la tensión con tenerlo cerca.

Joe no se veía un mal chico, solo que el caparazón en el que se mantenía fingiendo oscuridad y maldad, asustaba a cualquiera de eso no había duda.

—Yo ya tengo algo tuyo en mente para anotar—dijo jugando con uno de los pelitos sueltos que le salían al adorno sobre la mesa. Abrí los ojos con brillo en ellos y sonreí, algo emocionada por lo que fuera.

—¿Sí? ¿Ya? —pregunté, intentando no sonar desesperada por saber.

—Ujum—hizo el sonido manteniendo la lengua en su paladar y luego hizo un gesto con las manos simulando que escribía en un papel— “Hace cosas extrañas en la primera reunión” —mi ceño se frunció confundida, para luego convertirse en una muestra de cómo podía ser un tomate humano.

Ya lo había entendido.

Él hizo un sonido extraño, parecido al de una risita al ver mi expresión y eso solo terminó por hacerme sentir más avergonzada. Aunque luego de cierto momento me provocó reírme de eso también.

—No pondré eso—dijo sacudiendo la mano como si creyese que yo me lo había creído también. Sabía que era una broma, no era capaz de poner algo así, ¿o sí?

—Yo no... fue, sin querer—hice el intento de explicar y el asintió.

—Lo sé, boba—sacudió la cabeza—aunque si fue muy gracioso.

¿Gracioso? ¿A Joe Thompson algo le parecía gracioso?

¿Y de mi parte?

Yo no lo había sentido gracioso, fue muy extraño para mí. Pero bueno, al menos había pensado en ello.

Sonreí, gustosa de ello, increíblemente y el curvó su boca en un movimiento muy bonito.

—Así que...—comencé, queriendo sacar conversación e información— ¿tus padres no llegan aún? —vi las venas de su cuello tensarse. Mala idea. No era bueno hablar de eso, no sabía que había pasado para que reaccionara de esa forma así que preferí preguntarle por algo que si había visto mejor, rápidamente intentando arreglar mi metida de pata— ¿vives aquí solo con la niña? —se acomodó en la silla, menos incómodo y asintió.

—Sí, solo con Luna—cierto, así era que se llamaba.

—Es un nombre muy bonito—dije, con sinceridad.

—Como ella—sonrió, más relajado. Le devolví la sonrisa, pareciéndome muy tierno lo que había dicho y el hizo sonar sus dedos sobre la mesa— ¿y tú?

—Sólo con Carolina, mi madre.

— ¿No hermanos, ni nada? —respiré profundo. No quería que se sintiera como me sentí cuando vi que pregunté algo que no debía haber preguntado así que me limité la respuesta a lo que había preguntado.

—No, ni hermanos ni nada, solo Carolina y yo.

—El segundo nombre de Luna es Carolina—mi expresión cambió.

— ¿En serio?

—No—negó con la cabeza—es Daniela, solo quería que quitaras la cara de amarre—mi ceño se frunció y solté una risa sorda.

—Tú tienes un gran historial con las caras de amarre

—Exacto, que las otras personas la tengan hace que pierda mi originalidad—se encogió de

hombros y no pude evitar sonreír.

Me gustaba la naturalidad que había tomado. No estaba segura de si era porque estaba en su casa o simplemente porque era yo. Me iba más por la primera opción, no veía a Joe siendo natural con alguien solo por el hecho de ser esa persona.

— ¿Crees que debemos tener las mismas libretas? Y sabes, para que sea más ordenado y bonito—sugerí.

—Sí, estaba pensando en eso. ¿Crees que puedas comprarlas tú? Yo no puedo salir mucho de casa. No me gusta dejar a Luna sola.

—No hay problema, me encargaré de eso mañana—hice un saltito disimulado en la mesa. No sabía por qué estaba tan emocionada. No era por el hecho de trabajar con Joe, era por el hecho de saber que escribirían sobre mí.

De que alguien lo haría.

Sabía que resultaba algo triste que me emocionara por algo como eso, pero nunca lo habían hecho. Bryan, que era tan cercano era más de abrazos, besos y palabras bonitas dichas. Era muy flojo para escribir. Así que sí, era algo que me emocionaba.

— ¿Nos turnaremos? —pregunté, pero me encontraba tan sumida en mis pensamientos que tardé en reaccionar a lo que me estaba preguntando.

— ¿Qué...?

—Los lugares de encuentro, tu casa, mi casa, ¿nos turnaremos?

—Oh oh—rayos, la parte a la que no quería llegar— pues...

—Si queremos saber más de la otra persona y conocerla deberíamos empezar por saber cómo vive—dijo, muy seguro y me sorprendió que lo hiciera.

—Pero yo...—un sonido fuerte nos alertó, pero pareció alertar mucho más a Joe, quién

se levantó disparado.

—Maldición, lo había olvidado— dijo en voz baja, refunfuñando, mirando hacia la que era la sala de estar.

Me atreví a mirar también, queriendo entender por qué su desesperación, pero no vi más que el reflejo de la luz encendida.

El golpe contra la mesa me hizo saltar y volví a concentrar mi atención en Joe quien desenfrenadamente quitaba sus zapatos lanzándolos debajo de la mesa.

¿Qué caraj...?

Sus gafas habían volado y suspiré entrecortadamente cuando su franela voló también.

Dios santo.

No debía mirar. El hecho de que se estuviese desvistiendo con tanta rapidez, desesperación e ignorando el hecho de que yo aún estaba ahí no me hacía tener que ser participe gustosa de lo que estaba haciendo.

Intenté mover mi rostro por voluntad propia hacia otro lado, pero mis ojos no se dignaban a apartar la mirada de lo que estaba viviendo aquí y ahora en carne propia.

Su piel blanca y pálida salió a relucir, mucho más clara que el resto de su cuerpo.

La raya en el medio de su abdomen se marcaba con cada movimiento que hacía, que eran muchos y tragué saliva cuando la V que escondía sus jeans me saludó con firmeza. Una línea de vellos cubría su pecho, y sus pectorales se apretaron cuando tomó otra franela que se encontraba sobre la mesa que ni siquiera había notado que estaba allí.

Las venas gruesas de su brazo se abrían paso cuando se forzaba y tragué saliva al ver que tenía por todo su cuello y pecho también.

Dios mío.

No pensé que detrás de tanta oscuridad y amargura pudiese existir eso. Bryan tenía razón, debajo de toda esa capa había algo ardiente. No había visto piercings ni tatuajes aún, pero no le hacían falta para lucir caliente.

Lo hacía sin necesidad de si quiera intentarlo.

Maldito Bryan pervertido.

Apreté mis piernas y mis pensamientos lujuriosos buscando dejar de mirar de una buena vez y no chillar internamente cuando la tela blanca comenzó a cubrir la perfección de cuerpo que acababa de descubrir.

Pasó la mano por su cabello, dejando ver de lejos y de reajo el tatuaje que tenía en el bíceps derecho. Era una completa cegatona y ver cosas tan pequeñas de lejos solía hacérseme difícil así que fallé en averiguar que era.

Volvió a mirar hacia la sala, sin percatarse todavía de que yo existía o simplemente ignorándolo y yo pasé la lengua por mis labios quienes se habían deshidratado de repente.

De verdad necesitaba tener acción rápido.

No podía estar teniendo esa clase de reacciones con Joe Thompson. No con él.

Era un buen chico, sí, ya lo había dicho, pero eso no le quitaba parte de su personalidad hostil y ruda. No era precisamente un amor. Y se suponía que yo ni siquiera quería hacer el proyecto con alguien como él.

Así que el pensar cosas obscenas estaba de más en esta situación.

El sonido de una puerta abriéndose terminó por hacer que volara y lanzó la franela que se había quitado fuera de la vista de cualquiera.

Como notando otra vez mi presencia, dirigió sus preciosos y malditamente ojos llamativos hacia mí y pretendí no verme afectada por lo que acababa de pasar. Tuve que pasar un nudo que se

me había formado en la garganta y escuché unos pequeños pasitos provenientes de la sala. Eran cortos y delicados, así que supuse que era la niña.

—Joe—la escuché llamar, casi que susurrando—escuché voces.

—Aquí estoy preciosa—dijo él en voz alta mientras se abría paso por el comedor a encontrarla.

La niña entró, descalza, con un pijama gracioso de ositos. Me preguntaba si había sido él mismo quien se lo había elegido.

Su cabello caía sobre su cara y venía frotándose el ojo, tal y como si acabase de despertar.

Subió su cara, aún con sus deditos en su rostro y alzó las cejas cuando me vio, sorprendida. No era una expresión de susto, ni de temor ni de nada por el estilo, era más bien... alegría. Quitó la mano de su cara, comenzando a correr hacia donde yo estaba y Joe se atravesó para tomarla entre sus brazos.

Se me hacía imposible dejar de mirarla. Era muy parecida a Joe. No estaba segura aún de que era de él, pero era muy improbable que no fuese de su familia.

Si me hubiese dicho que era su hija, aun sabiendo las implicaciones temporales que eso conllevaría, le habría creído.

Ella se amoldó a él, como si fuese costumbre y como si su cuerpecito hubiese estado hecho a la medida de sus fuertes brazos, pero sin dejar de mirarme sonriendo.

—Hola Luna—la saludé, devolviéndole la sonrisa alegre que ella me dio.

—Hola Sandra—dijo de manera graciosa, sorprendiéndome que recordara mi nombre y miró de nuevo a Joe—bájame—ordenó con voz suave.

Joe frunció los labios, pero obedeció, dejándola caer con delicadeza hacia el piso. Sus pies descalzos volvieron a rozar contra él, acercándose de nuevo hacia mí.

Las pecas que cubrían debajo de sus ojos, sólo hacía que relucieran de manera más pronunciada.

Tenía unas manos muy pequeñas y casi que muero de ternura cuando una de ellas se alzó para ponerla en mi rostro.

—Tu cara no es igual a la de Joe—dijo frotando el dedito pulgar contra mi mejilla— no tienes pelitos. Si es verdad—dijo como si estuviese asegurándose de algo que ya sabía.

—No, eso es porque soy una niña, igual que tú—dije, achinando mis ojos.

—No eres una niña, eres más grande que eso—negó con la cabeza— ¿cuántos años tienes?

—Diecinueve, ¿tú?

—Diez—dijo indiferente—te sobra mucho para ser una niña—se encogió de hombros y me impactó la naturaleza con la que se expresaba.

Su pulgar aún seguía haciéndome cosquillas en mi mejilla y no podía dejar de sonreírle.

— ¿Trajiste la cosa esa con ruedas?

— ¿La cosa con...? —fruncí el ceño e imaginé a que se refería— Oh, oh, ¿la bicicleta?

—Sí, ella—sus ojos se iluminaron. El azul pareciendo haber explotado en millones de cristales diminutos.

—Claro, ¿por qué? ¿Quieres verla?

—No, no quiere—dijo Joe, volviendo a la vida, su voz gruesa y retumbante opacando las de nosotras.

— ¿Por qué no? —preguntó ella, volteando a verlo.

—Porque no—replicó él, sin darle una respuesta concreta y las orejas de la niña ardieron, imaginé que molesta.

Sinceramente me había dado vergüenza haberme tomado el atrevimiento de preguntarle a ella sin pedirle permiso a Joe, pero al parecer de eso ya se estaba encargando.

—Quiero ir a verla, Sandra me acompañará—mencionó, como si estuviese segura de ello.

Joe me miró, como esperando a que yo hiciera algo y yo sólo me encogí de hombros con los ojos bien abiertos, confunda y dispuesta.

—Sandra ya se iba

—Pues perfecto, puede enseñármela cuando salga para irse—rebatí, ya molesta.

—No Luna, no saldrás a esta hora

—No puedo salir a ninguna hora—se quejó.

—No te pongas así Luna—puso los brazos para que ella se le abalanzara, pero ella solo se quedó allí, con los suyos pegados al pecho, realmente enfadada.

No estaba segura de sí su trato siempre era de esta manera, pero ahora si me sentía mal, habiendo sido yo la causante del principio de la guerra.

—Luna basta, ¿te estás comportando así porque hay visita?

—Lo dices como si me comportara así cada vez que las hay. Nunca hay como para saber comportarme así por las visitas.

Auch.

Para tener diez años se defendía muy bien. No parecía conocer muchas cosas, pero si conocía al que había sido su mundo, su hermano, Joe. Así que efectivamente sabía cómo defenderse.

La tensión se había acumulado en el ambiente y temía que ella se pusiera a llorar o Joe le gritara fuerte para que no le contestara o cualquier cosa así por el estilo, que requiriera que tuviese que irme. Lo cual era lo mejor ahora que estaba desarrollándose lo que yo había

empezado.

—Sandra—me llamó— ¿puedes mostrársela? —preguntó, apretando su mandíbula. No estaba para nada contento con la idea.

No entendía por qué. Sólo sería ver una bici, eso es todo. ¿Por qué tanto misterio? Me pregunté.

—Sí, claro—dije levantándome de la silla caminando hacia donde estaban ellos, siguiéndolos hasta la salida.

Luna se movía rápido, como si tuviese miedo de que Joe de repente cambiase de opinión. Llegó a la puerta y se frenó de una, esperando a que Joe llegara y la abriera él.

Era obvio y lógico que ella sabía cómo abrir una puerta. Pero igual se quedó allí, mirándolo expectante sin acercarse a ella. Tenía ganas de verla, de salir e incluso había refunfuñado por eso, pero no saldría sin que Joe lo hiciera. Lo podía ver en la forma en que movía sus piecitos, impaciente de que él abriera la puerta y a su vez yo saliera.

El sonido de la cerradura me alertó y esperé a que la luz del sol me cegara. Pero no, ya no estaba lo suficientemente claro para eso.

Luna se asomó por el lado de la costilla de Joe, aferrándose a su franela como con miedo de que “la cosa con ruedas” como ella la había llamado fuera a comérsela, suponía.

— ¿Ves? Allí está, ahora volvamos dentro.

—Quiero verla Joe, verla de verdad—replicó ella saliéndose de su escondite.

Yo la tomé, parándola para que pudiese verse ella completa y Luna entreabrió su boquita soltándosele una sonrisa. Dio pequeños pasos hacia donde yo me encontraba que era casi fuera de la propiedad de la casa y mordió sus labios, rascando sus manitos quienes picaban por las ansias de tocarla.

Me emocionaba saber que estaba emocionada. Se veía muy linda, haciendo frente a algo que le gustaba con esa mezcla de miedo y serenidad.

Ella no miró a Joe ningún momento, hasta que él la tomó por el brazo y la haló cuando se hubo acercado tanto como para subirse en ella.

—No, hasta ahí.

Los ojos de luna de pronto parecieron estar triste y miré a Joe, confundida y sin entender que se suponía que era que la protegía tanto.

Las bicis sin rueditas eran difíciles, pero para una niña de diez años como luna no lo veía de esa forma.

Ella asintió y después de ponerle solo una mano encima, la quitó lentamente, extrañándola el haberla tocado.

— ¿Vendrás después? —me preguntó y quedé quieta sin saber en realidad que responder. Miré a Joe y él me asintió, haciéndome saber que tenía que decir que sí.

—Sí, vendré, linda

— ¿Cuándo?

Wow, que insistente. Me pregunto si todos los Thompson serían así de intimidantes hasta cuando son chiquitos.

—No lo sé, tal vez la semana que viene, tal vez la otra, aún no lo sé—me encogí de hombros mordiendo mis labios.

— ¿Puedes traerla otra vez? Joe me dejó tocarla una vez, me dejará otra—aseguró y Joe hizo que lo mirara escondiendo lo que creía era una sonrisa.

— ¿Cómo estás tan segura de eso?

—Porque me vi feliz. Te gusta verme feliz—no pude evitar soltar la sonrisa yo también.

Que ingeniosa, pensé.

—Bien, eres todo un genio, lo sé—acarició su cabecita como a un cachorrito y le plantó un beso en la frente.

Me sentía usurpadora al estar presente en un momento familiar tan íntimo, pero no pude evitar mirar y suspirar de ternura.

Hace años que no sabía lo que era tener momentos como eso.

Y lo más triste del caso, es que ya nunca más lo tendría. Me los habían arrebatado.

—Ahora ve adentro, ¿puedes? —le preguntó Joe a la niña, haciendo la voz más quieta que le había puesto a escuchar.

Ella asintió, sin decir una sola palabra mientras acariciaba mi mano como despedida para luego irse. Mi pulgar frotó el suyo por fuera y luego agité la mano para que supiera que también me estaba despidiendo.

La puerta sonó al cerrarse y volvimos a quedar como empezamos. Solo Joe y yo.

Joe, el verdadero Joe.

—Gracias—dijo, tragándose un nudo como si le hubiese costado decirlo.

— ¿Por qué?

—Por mostrársela, no ha tenido la oportunidad de ver muchas bicis en su vida—dijo, como si eso le molestara, pero suspirando después, como si también le aliviara.

Quería preguntar por qué. Quería preguntar por qué la protegía tanto. Quería preguntar por qué vivían ellos dos solos en esa casa y quería preguntar por qué no había fotos de figuras adultas o paternas en su casa. Quería preguntar que era el de ella y como había sido que ahora ella estaba con él.

Quería preguntar tantas cosas.

Pero solo me limité a decir.

—De nada—y a sonreír. Pero no podía decir sólo eso. Necesitaba hacerle saber que en realidad si me había gustado—entiendo que te haga feliz verla feliz. Fue muy bonito mirarla emocionada.

—Luna es algo intensa cuando quiere algo.

—Si nunca hubiese visto una bici también lo sería—bromeé, haciendo que la curva de su boca se levantara.

—¿Nos veremos mañana? —Preguntó y entreabrí la boca— para lo del proyecto, ya sabes —aclaró y sacudí la cabeza, sintiéndome estúpida.

—Sí, claro, sí—respondí sonriendo de medio lado.

—Bueno, entonces ya será mañana que decidamos—dijo moviendo sus pies de atrás hacia adelante, como si estuviese inquieto por algo. Tal vez era mi presencia, ya quería que me fuera.

—Sí, ya me voy entonces—dije señalando con el pulgar hacia la calle y destrabando la bicicleta para subirme.

—Bien, adiós—dijo, deteniéndose un poco, destrabándose cuando comencé a poner mi cara de confusión. Se acercó un poco hacia mí y plantó un beso en la mejilla, como se despide generalmente la gente.

Reaccioné a la despedida cuando su mejilla pegó su frío contra la mía, y sonreí, escondida. Joe Thompson definitivamente no era de hacer esas cosas. Joe Thompson no se veía ni siquiera de saludar.

Pero lo había intentado. Se estaba metiendo en el papel de compañeros.

Que tierno.

Volteó, sin mirarme otra vez y dio pasos largos hasta la puerta de su casa haciéndola sonar

cuando yo monté mi pie en el pedal derecho y con el viento a mi favor comencé a pedalear.

Capítulo 9

—Mamá, voy tarde, dios

—Oh vamos Sandra, deja de ser tan descuidada—dijo mientras halaba un mechón de cabello que no tenía que halar.

—Auch—me quejé—no estoy siendo la que está torturando a su hija sin siquiera darse cuenta. Basta, quedó bien, déjame ir.

—Sólo es una coleta Sandra, por dios, te verás preciosa.

—Y demorada, voy tardísimo—exageré, en realidad no lo iba, pero necesitaba que terminara con mi tormento, soltándome el cabello de una buena vez.

Se había empeñado en hacerme una coleta debido a que ayer me había visto lo suficientemente bonita como para cargar una coleta amarrada por el resto de mis días.

La liga sonó entre sus dedos y me agarré de la silla cuando haló lo bastante capaz de sacarme el cerebro de volada. Dio una, dos, tres vueltas y la liga por fin sonó contra mi cabello. Paso sus dedos una vez por la parte de adelante y luego pellizcó con ternura mis cachetes.

—Listo, llorona, eso era todo

—Lo dices porque tú no eras la que estaba siendo torturada—rodó los ojos.

—Que exagerada eres.

Andaba de buen humor. Era extraño ya ver a mi madre de buen humor. Solía responder bien, hacer las cosas bien y estar tranquila, pero buen humor, bueh, un año a la cuaresma. Tenía que aprovechar eso.

—En fin, ya me voy mamá—me acerqué para darle un beso y paso una vez más su mano por

mi cabello instintivamente.

—Ten cuidado, ¿volverás temprano a casa? Yo saldré.

Oh, bien. Sí, ya decía que era extraño. Buen humor, pero fuera de casa. Fuera de casa, como siempre.

—Tal vez, no lo sé

—¿Comerás afuera? —fruncí los labios, no pensaba hacer nada de comer.

—Sí, comeré a que Bryan

—Perfecto, cuídate preciosa

—Hasta la noche mamá—dije suponiendo, ya que era su común hora de llegada.

—Te amo

—Yo también te amo—dije tristemente tomando mis cosas de la mesa y bajando con rapidez, dando pequeños saltos por la escalera.

El trayecto hacia la escuela era cada vez más corto debido a que ya me estaba acostumbrando a ir en bici, cosa que era mala porque ni siquiera era mía.

Estacioné cerca del coche de una profesora y agarré las cadenas que había usado la última vez.

Entrar a la universidad era mi parte menos favorita de ir a la universidad. La gente, el bullicio, los pasillos abarrotados, no poder encontrar donde caminar, todos intentando pasar por el mismo sitio. Ahgs, era realmente frustrante en mi opinión.

Generalmente cuando haces verano no tienes que pasar por este tipo de situaciones porque casi nadie hace verano en esta época. Pero entrar sin tener ningún tipo de choque con nadie, es lo mejor.

Me escabullí por un espacio de la puerta por donde milagrosamente no había llegado nadie y pude ver en la cafetería como montones de gente se peleaban en la cola. Parecía hasta una cosa imposible. Sacudí la cabeza, diciendo en mi mente que ni loca me metía en algo como eso y me dirigí como pude hacia el salón.

Estaba abierto ya, así que supuse que mis compañeros habían llegado. Si es que podía llamarlos así ya que no conocía a ninguno.

Aferré a mi mochila a mi hombro dejándola caer cuando llegué a mi asiento y le acaricié el cabello a Bryan quien no se había percatado de mi presencia. Volteó, dispuesto a formar problema porque alguien hubiese tocado su precioso e inigualable cabello y me reí de su cara cuando descubrió que era yo.

—Mi cielo—me saludó, levantándose para darme un beso.

Unas cosquillas mínimas me inundaron pero nada a lo que tuviese que prestarle atención. Sólo las cosquillas comunes de una boca contra una piel.

—Hola bebé—le devolví el saludo como tenía tiempo que no lo hacía.

—Oh, feliz hoy—sonrió, y sus dientes relucieron listos para cualquier comercial de crema dental— que bueno, ¿se debe a algo? —levantó las cejas y yo arrugué las mías.

No estaba deprimida ni triste, pero tampoco estaba alegre por una razón. Sólo me había provocado saludarlo de esa forma, eso era todo.

—Bobo, no—eché la boca hacia adelante en un gesto— ¿acabas de llegar?

—Hace rato, igual que siempre—hizo un movimiento de hombros— ¿viniste en mi bici?

—Ujum—sonreí de medio lado, esperando a que no me dijera nada de quitármela.

Aún quería que la hermanita de Joe la viera mejor y pudiese sentirla. Yo no tenía una bici para complacerla y de verdad me complacía a mí misma cuando veía que sus mejillas regordetas

se ensanchaban. No hacía falta verla mucho tiempo para que te encantase, era una niña preciosa. Podía entender al menos un poco porque Joe estaba obsesionado con su protección y cuidado.

Aunque tanta represión haría que ella solo le agarrara rencor. Lo sabía por experiencia propia.

—No me has escrito estos días—dijo Bryan mientras desbloqueaba su teléfono.

—Tú tampoco—me miró.

—Tú puedes escribirme también, tienes dos manos y un teléfono —refunfuñó.

—Estabas en una cita Bryan, no ibas a contestar —rodé los ojos.

—Hablo de ayer, desapareciste de la faz de la tierra—cierto, había estado molesta porque Bryan no me había escrito, pero yo tampoco había puesto empeño en ello.

—Bueno...—dije al fin— no tenemos excusa. Los dos nos pudimos haber escrito.

—Eres un genio—imitó mi manera de rodar los ojos y acercó mi cuerpo al suyo para abrazarme.

Sonreí y miré hacia arriba, respirando profundo cuando vi entrar a Joe.

Me alejé un poco a Bryan, sabiendo que aun así ya él me había visto. No sabía por qué me apenaba ahora que sabía que él tenía idea de mis sentimientos por Bryan. No era algo que a él le importara. Pero a mí sí, porque me hacía sentir débil.

Pasó, caminando lento pero fuerte, sin saludar ni mirar en mi dirección.

Fue increíble que mi pecho se contrajera un poco por el hecho de que no había tenido interés en saludarme después de haber estado juntos la tarde de ayer, pero intente no prestarle atención. Sólo estábamos en un proyecto juntos, no éramos amigos, ni yo la niñera de su hermana, ni alguien a quien él le tuviese que importar. Así que estaba bien si así lo quería.

—Mr. Mystery ha llegado—hizo el anuncio Bryan con una voz graciosa.

—Sí—asentí— y trajo al director también con él.

La rutina. Bulla infernal, silencio inminente cuando un hombre o mujer con traje cruzaba esa puerta. Todos los pupitres sonaban a nuestro alrededor.

Casi nunca teníamos al director en las aulas. Ni en los pasillos. Ni en ninguna parte donde pudiese ser visto. Ya ni siquiera me acordaba de su rostro. Aunque su falta de cabello en ciertas áreas de su cabeza hacían más fácil reconocerlo que cualquier otra cosa. El director simplemente no salía de su oficina para cualquier cosa. Así que el estar dejando la comodidad de su silla para presentarse a un montón de estudiantes revoltosos debía traer detrás de ello algo importante.

—Buenos días muchachos—saludó, acomodando su corbata.

—Buenos días señor director—dijeron todos al unísono, como niños de primer grado y preescolar.

—Sé que a muchos les cuesta llegar aquí y hacerlos venir por gusto es un error que debemos prevenir, por eso vine a pedir disculpas personalmente en cada una de las aulas. Estarán haciendo arreglos a las instalaciones por esta semana que viene y hoy—aclaró—así que necesitamos que vayan desalojándola. Nosotros les estaremos avisando de cuándo será exactamente el reintegro de las clases. Que tengan buenos días y que la pasen bien el resto—dijo haciendo una muy ligera reverencia con la cabeza y al salir todos comenzaron a hacer cosas diferentes.

Unos abucheaban, otros hacían vítores y Bryan y yo solo nos limitamos a salir del aula antes de que el gentío nos aplastara.

Me había parecido un gesto muy bonito de su parte que hubiese venido a disculparse en persona, cubría la irresponsabilidad de no haber avisado antes.

Oh no.

Salir cuando había clases era horrible, pero salir cuando no había definitivamente era lo peor. Dios santo. No podías ni siquiera caminar. Te estaban llevando por los aires.

Miré hacia el lado, en busca de si Bryan aún estaba ahí, pero se había quedado atrás luchando contra la multitud que se había esparcido. Mala idea. Avisar el mismo día había sido muy muy mala idea.

— ¡Bryan! —grité llamando su atención. Volteó, aliviado de haber escuchado mi voz y el señalé como pude la puerta— Te veré afuera, sal como puedas.

Me lancé contra la gente, sin importar si golpeaba a alguien en el proceso. Odiaba el exceso de personas en mi espacio. Odiaba el exceso de personas en cualquier espacio. Un minuto más y terminaría asfixiada.

Intenté moverme hacia la derecha buscando la puerta, pero muchos de los chicos que venían de la práctica de fútbol tuvieron la brillante idea de pasar con sus grandes y toscos uniformes por allí imaginé que buscando a puerta también.

Esto parecía una completa locura, no podía verme un segundo más aquí.

Mis ojos se abrieron exasperadamente cuando el codo de una chica se estiró y rozó mi nariz. Me eché tanto hacia atrás que muchas de las personas que estaban intentando pasar ignoraron que me encontraba allí, lanzándome directo al piso.

Mi trasero pegó contra la cerámica del suelo y chillé, cuando comencé a sentir que millones de piernas, pies y todas partes del cuerpo estaban encima y rozando contra mí y no podía hacer nada más que intentar levantarme sin encontrar resultado. No sabía ni siquiera en que parte estaba. Necesitaba encontrar algo con lo que apoyarme para volver a la vida. Mis manos tocaron algo parecido a la pared, pero fue reemplazado con una goma que golpeó mis dedos.

Grité por ayuda, mi pecho sufriendo por la cantidad de oxígeno que le estaba faltando y casi que lloro cuando volvieron a golpear mi espalda.

No iban tan rápido, pero había tantas personas que era casi imposible que alguien me viese aquí.

Bien, moriría.

Ya estaba dispuesta a morir.

Otro golpe sonó en mi espalda y me quedé quieta y callada esperando a que el señor de la muerte viniera a buscarme. No era precisamente la manera en que había pensado en morir, pero creo que la forma en que morimos no es algo que podamos elegir.

Miles de pensamientos venían a mi cabeza una y otra vez, mientras el ruido se hacía sordo y ya no podía escuchar más nada que mi propia respiración luchando por salir. Unas manos tomaron mis hombros y solo pude pensar en que ya había venido.

El señor de la muerte tenía unas manos muy cálidas y grandes. Casi que hasta podía sentirse real.

A menos que fuera real.

Alcé mis brazos para que lo que sea o quien fuera pudiese agarrarme con más facilidad y mis piernas lucharon por mantenerse de pie. Mis ojos estaban cerrados, sin querer saber que era lo que estaba pasando, pero aun así sentí el movimiento que hicieron para alzarme tomando fuertemente mi cintura y colocando una de sus manos en mi nuca. Me sentí ligera mientras me acomodaba a su cuerpo, buscando que quedara aferrada y que no pudiese soltarme, alzándome tal y como si fuese una niña.

Como había alzado Joe a Luna ayer.

Joe a Luna...

Abrí los ojos desesperadamente, deseando saber si estaba viva o no y una piel blanca y pálida fue la que me dio la bienvenida. Mi boca exhaló, tragándose el perfume, pero mi pecho cantando gloria ya que había podido por fin respirar. Tragué saliva, agarrando fuertemente la franela de algodón que tenía entre mis dedos y pestañee varias veces aun con la duda de si realmente estaba viviendo esto.

Unas gafas oscuras terminaron por responderme todas las preguntas que tenía y apreté más su franela aliviada por primera vez de ver a Joe. Había dejado a todo el gentío detrás de él y desde donde estaba se veían pequeñas. Debía suponerlo, Joe era casi una mitad más que yo.

Podía sentir el perfume de su cuello directamente hacia mi nariz y en este momento podía decir que se había convertido en mi aroma favorito. Era lo que tenía más cerca al recuerdo de no haber muerto aplastada y haber sido salvada heroicamente.

Sentí su brazo moverse contra algo y al pegar el reflejo del sol contra mi rostro supuse que había sido la puerta y que ya nos encontrábamos fuera de la universidad.

Por fin.

Respiré otra vez, asustada de que el oxígeno volviese a desaparecer de mis pulmones y las manos de Joe tocaron mi espalda enviando cosquillas directas hacia ella. Con mucha delicadeza y con cuidado hizo que mis piernas bajaran y mis dedos tocaron quietamente por última vez su cuello antes de que me soltara por completo.

— ¿Estás bien? —su voz no parecía alebrestada, ni afectada ni nada por el estilo. Como si cargar mi peso era algo a lo que naturalmente estaba acostumbrado.

—Sí, sí—respondí, tosiendo en el segundo sí y el dio toquecitos suaves en mi espalda.

—Eres extremadamente pequeña y frágil Jensen, ¿Cómo se te ocurre lanzarte de esa manera contra la gente?

Era la primera vez que lo oía preocupado. Miré hacia arriba, hacia su cara y si lucía preocupado.

—Fue una estupidez, lo sé—dije, aun sosteniéndome de su cuerpo para no caerme.

—Una completa y gran estupidez—repitió, como a manera de reclamo.

Suspiré, asintiendo y le di una sonrisa, la mejor que pude en ese momento.

—Gracias Joe, creí que iba a morir

—Ibas a morir, si no me hubiese devuelto a buscarte cuando escuché tus gritos, en este momento ya te hubiesen quebrado algo o peor aún, hubieses dejado de respirar.

¿Se había devuelto... a buscarme?

—Lo sé, lo sé—me quejé en voz baja— de verdad muchas gracias—apreté su brazo y el frunció los labios, como si aún me estuviese viendo allí tirada.

Tenía razón. No habría sabido que hacer si no se devolvía. No habría sabido que hacer yo sola. Tanto estrés solo me hizo querer morir allí mismo. Mi único deseo era salir y encontrar a Bryan afuera tal y como le había dicho.

Maldición. ¡Bryan!

—Bryan—dije en voz alta y Joe reaccionó señalándome con la boca hacia adelante donde pude ver el brillo de su cabello rubio saltando corriendo directo hacia mí.

Joe me soltó cuando Bryan se hubo acercado y este me amarró en un abrazo que creí que terminaría por romperme la espalda.

—Dios nena, no te había visto salir, pensé que te había tragado la tierra

—Lo hizo—dije.

— ¿Estás bien? —preguntó, notando que Joe seguía aun a nuestro lado.

—Sí, estoy bien, Joe me ayudó a salir, no sé qué habría hecho si no hubiese llegado por mí

—Habrías muerto—repitió, haciendo que Bryan arrugara la nariz, como hacia cuando estaba molesto.

—Pensé que habías salido Sandra, perdóname, de haber sabido también hubiese ido por ti, sabes que es así—miró a Joe cuando hubo terminado, como si lo que hubiese dicho en realidad hubiera sido para él y no para mí.

Me quedé allí de pie, sin saber porque había hecho eso, pero lo primero que se me vino a la mente es que lo había hecho como una manera de competencia. Así había sonado y así lo había sentido.

—Yo tengo que irme Jensen, ¿estás segura que estas bien? ¿Puedes caminar tu sola? — preguntó dándome un mu ligero y pequeño empujón, viendo si era capaz de mantener el equilibrio.

Me tambaleé un poco, pero logré mantenerme derecha en un instante, no era tan grave. Aunque si mis articulaciones dolían y mi espalda estaba a un toque de romperse.

—Sí, creo que, si podré, a mis pies no les paso nada, estaban protegidos por el resto de mi cuerpo—bromeé.

Ninguno de los dos rio ni sonrió. Y mis orejas ardieron de vergüenza. Solo se veían entre ellos. Bueno, al menos Bryan, de Joe no tenía idea si lo hacía.

—Nos escribimos, adiós—dijo, pasando sus dedos por parte de mi cabeza. No había sido ordinario ni tampoco delicado, había sido un gesto cariñoso, así como un cuídate.

Y así, se alejó con las manos en los bolsillos haciendo sonar sus botas.

Capítulo 10

No podía manejar la bicicleta de Bryan, así que el la llevó hasta que habíamos llegado a su casa. Había dicho que quería pasar el día conmigo y que en mi casa solo lograría frustrarme más y que eso me provocaría dolor.

Los dedos de mis pies se regocijaron cuando sintieron la comodidad de las sabanas de la cama de Bryan y me estiré, haciendo que, aunque me doliera como el demonio, mi cuerpo se sintiese con menos presión de la que tenía.

Bryan había vuelto con una bandeja de galletas y con un jugo que pensé que era de naranja hasta que lo probé.

— ¿Tú y Joe se escriben? —preguntó, arrimando su cuerpo al mío con cuidado cuando se hubo lanzado en la cama.

—Sólo nos hemos escrito una vez, creo—dije pasando la galleta con el jugo— ¿por qué?

—No lo sé, eso quiere decir que todo salió bien con él, con el proyecto y eso.

Cierta picardía en su voz sonó más a celos que cualquier otra cosa.

Pero no podían ser celos, era Bryan.

—Sí, estamos trabajando en eso ya, ya hemos pautado ciertas ideas

— ¿Y nada que descubres nada? —preguntó, poniéndose más cerca mientras mojaba una de sus galletas en el envase.

Era una de las pocas veces donde no me apetecía hablar de algo con Bryan. No quería hablar con nadie de eso en realidad. Las cosas que sabía de Joe me gustaban como estaban, con solo sabiéndolas yo.

Hablar de lo que podía decirse como secretos de Joe me parecían tan íntimos y excepcionales que simplemente no me entraba el deseo de mencionarlos.

Además, sentía que era una traición.

—No, nada, solo se limita al proyecto ahora

—Pero el proyecto se trata precisamente de eso, de descubrir cosas—touché.

—Lo sé, pero aun no estamos en esa parte—sus cejas se arrugaron.

—Pensé que serías más rápida en eso, eres buena para saber cosas de la gente. Pero también eres buena en dejar que la gente sepa cosas de ti—se encogió de hombros.

No tan buena para ti, genio.

Han pasado más de tres años. Y sigues en el mismo camino.

—No soy tan buena en eso—dije, acomodando la sabana contra mi cuello para que el frío no me matara.

—Claro que sí, todo el mundo sabe cosas de ti, hasta las que no te conocen.

—Bryan tú ni siquiera te has dado cuenta de que...—me interrumpí a mí misma. No, no podía hacer eso.

Dijeran lo que me dijeran.

Que era una cobarde o lo que fuera, no podía hacerlo.

— ¿No me he dado cuenta de qué? —pregunto, demandando.

Tragué saliva, no podía dar la cara ni siquiera con el preguntando.

—De que acabo de robarte una galleta —dije, siendo lo primero que se me había ocurrido y el río, haciéndome un poco de daño cuando el hueso de su codo pegó contra mi muslo.

Pero bien, al menos me había zafado.

Bryan continuó riéndose mientras a mí me daba sueño y después de un rato me quedaba dormida.

Capítulo 11

Después de la siesta, Bryan me había acompañado a mi casa llevándose también su bicicleta consigo para dejarla después del callejón, pero no había entrado. Se había ido de una vez, después de acompañarme. Mi madre no hubo llegado a casa hasta las dos de la mañana y aunque no estaba borracha del sueño ni podía mantenerse en pie.

No recordaba lo delicioso que era poder levantarse a la hora que quisieras. Más cuando el día anterior casi me aplastaba por una multitud de personas y todos tus huesos quedan atrofiados deseando nada más que descansar.

Revisé el reloj después de que estuvo listo lo que llamé desalmuerzo y me senté a comer sola en la mesa, ya que mi madre no se había despertado revisando mi teléfono.

3 mensajes.

Oh, que solicitada.

***Bryan:** Buenos días, preciosa, ¿Qué harás hoy?*

***Joe:** Jensen, mándame tu dirección.*

***Joe:** Hoy es tu turno, estaré allá cuando puedas. Mándamela ahora.*

Me quedé mirando el mensaje de Joe. No había unos buenos días, ni un hola, ni nada por el estilo, sólo una orden y un anuncio. Era un mensaje tan Joe.

Ladeé la boca, atrofiada con la idea de que viniese a mi casa, porque, aunque increíblemente deseaba ver a Joe no deseaba para nada que fuera aquí. Prefería la calidez de su casa, donde, aunque no hubiese calor adulto, se sintiese menos tenso y duro que aquí.

Aun así, cumpliendo con el trato que habíamos cometido, anote mi dirección en el mensaje y se la envié diciendo que si podía viniese ahora.

Mi madre estaba dormida, así que podría venir y mostrarle mi casa si eso era lo que quería y luego irnos a conversar por allí.

Tiré el plato donde había comido en los trastes y revisé el teléfono cuando hubo sonado anunciando otro mensaje.

Joe: Perfecto, Luna está dormida, estaré allá en cinco.

¡¡Cinco?!

Dejé el teléfono en la mesa junto con el cubierto que no había lanzado en los trastes y corrí a buscar algo para ponerme antes de que se apareciera por aquí.

Miles de franelas volaban por los aires, intentando encontrar una que me gustase hasta que rápidamente opté por una negra con una calavera de colores junto con un short del mismo color.

No solía ponerme shorts, de hecho, hasta podría decirse que los odiaba. Pero una de sus ventajas era que eran fáciles de poner y eso era lo que yo necesitaba en este momento.

Rebusqué entre mis cajas las libretas que le había prometido y encontré un par, donde una era azul y la otra negra. Decidí dejar la azul para mí y dirigiéndome hacia la mesa para revisar si no había ningún mensaje al ver que no, comencé a escribir.

Tenía muchas cosas en mente desde que lo habíamos dicho, pero no las había puesto.

Mi teléfono tintineó y al encender la pantalla me di cuenta de que Joe estaba llamando.

Supuse que ya había llegado y al pasarle una mano a mi cabello abrí la puerta para bajar por las escaleras. Eso de en cinco no pensé tomármelo tan literal.

Había olvidado arreglar la casa. Y ni siquiera estaba limpia.

Si quería saber algo de mí por como vivía definitivamente esta era la peor idea.

Lo vi, abajo, vistiendo casi lo mismo que yo, con la diferencia de que su franela negra tenía letras blancas gigantes que decían ME.

Como parte del atuendo que no podía faltar estaban sus malditas gafas y los audífonos enterrados en los oídos.

Lancé una piedrita hasta donde estaba haciendo que me mirara y le señalé con la mano que subiera.

Soltó un audífono de uno de sus oídos y comenzó a subir paso a paso. Imaginé que porque no quería hacer un escándalo con sus botas.

Volví a abrir mi puerta suspirando cuando vi todo el desastre que había. Al levantarme no lo había notado, pero ahora como por arte de magia se notaba a viva vista.

—Este es mi humilde hogar—dije, indicando con la mano, sabiendo que mis orejas estaban rojas.

No podía ver la mirada de Joe y no podía saber cuál era su expresión exactamente, pero me sentí aliviada cuando una de las esquinas de su boca se levantó.

—Es bonito—estaba sonriendo—quisiera un lugar pequeño para Luna y para mí. Nuestra casa es muy grande.

Wow. Todo lo contrario. Si tuviese la casa que tenía Joe, no estaría deseando esto.

Aunque bueno, suponía que le gustaban los lugares pequeños.

Caminó delante de mí, como si conociera la casa mejor que yo y abrí los ojos exasperadamente cuando recordé que no había cerrado la puerta de mi cuarto.

Se paró en frente, viéndolo completamente y estaba segura de que no podía haber parte de mi cuerpo que estuviese más rojo que mi rostro. El montón de ropa que había sacado estaba sobre la cama y el piso como si un tornado lo hubiese provocado.

—¿Tu cuarto?—preguntó, señalándolo.

No quería responder. Ni siquiera quería mirar que estaba mirando.

Me sentía completamente avergonzada.

Se movió hasta la mesa y las libretas captaron su atención.

— ¿Son estas?

—Sí, esa es la tuya—dije, con la voz quebrada señalándole la negra.

—Me gusta—sonrió—ya yo he anotado un par de cosas en hojas, las pasaré a limpio aquí—
dijo tomándola entre sus manos y sacando un lapicero de su bolsillo.

Mientras anotaba habíamos conseguido hablar de un par de cosas, como que no le gustaba nada de comida que fuese de mar. La verdad no me sorprendía porque a mí no me gustaba nada que tuviese que ver con lácteos.

Joe solía ser callado, pero imaginé que porque nadie se le acercaba para hablar. Le gusta mucho leer y hasta me dijo que ha escrito un par de canciones.

Hablamos sobre los libros que ha leído, las películas que ha visto y hasta de las bandas que escucha.

Me contó historias de pequeño que le daban risa, pero en ninguna de ellos mencionó a sus padres. Me contó historias de el ya grande y tampoco los mencionó.

Cada vez que sacábamos un nuevo tema, se me ocurrían muchas y muchas cosas más para anotar. Claro que esto, fuera de que ese fuera el objetivo, porque en realidad solo lo imaginaba por gusto.

Sonreí, mientras él me contaba, porque pude notar que no estábamos haciendo esto simplemente por el proyecto sino porque era agradable hablar el uno con el otro.

O bueno, por lo menos para mí lo había sido.

Mis hombros ya habían bajado de la tensión que sentía y mi rostro había vuelto a su color normal.

Todo era casi perfecto hasta que...

—Sandra—escuché la voz de mi madre. Sonaba ronca, igual que si se acabara de parar.

Las cejas de Joe se alzaron y yo volteé, encontrándome con una carolina no muy contenta.

—Hola mamá—la saludé, intentando lucir relajada para que me siguiera también.

— ¿Qué está haciendo gente aquí? —dijo sin ningún tipo de prudencia, decencia ni vergüenza.

—Él es Joe, un compañero de clases—lo presenté, buscando que hubiese algo de remordimiento en sus palabras.

—Mucho gusto, señora Carolina—dijo el mientras se levantaba buscando estrechar su mano. Lo detuve contra mi espalda, porque sabía que ella no lo haría.

—Sabes que no puede venir gente aquí, no tengo que repetírtelo, ni tampoco decirte por qué —comenzó a alzar la voz.

Fruncí los labios, mi cabeza hirviendo, mis ojos cristalizándose poco a poco.

—Estamos haciendo un trabajo

—No me importa que estén haciendo Sandra, sabes que no puede venir nadie aquí—su voz cada vez sonaba más fuerte y cerré los ojos, aguatándome las ganas de doblar mi mano contra su cara. Estaba a punto de explotar.

—Ya nos iremos, vete a dormir Carolina

—No me hables de esa forma Sandra, sabes por qué te lo digo

Y exploté.

— ¡Sé por qué me lo dices Carolina! Y adivina que, ni mi papá ni Samuel volverán solo porque tú de estúpida te encierres en su recuerdo—grité.

Por dios, lo había dicho.

Lo había dicho al fin.

Mi boca se había abierto y la de mi madre lo estaba mucho más, sus ojos se habían vuelto miles de cristales y yo los había roto.

Al igual que ella había roto los míos por tanto tiempo.

Mi pecho subía y bajaba, desenfrenado por la sensación que me había causado decir lo que tanto me había hecho guardar por años.

Yo no había sido la culpable de sus muertes.

Ella no había sido la culpable de sus muertes.

Que no hubiésemos llegado a tiempo no nos hacía culpables.

—Sandra...—comenzó, dispuesta a gritarme.

Pero no, no era eso lo que iba a hacer. Se acercó a mí y batió su mano en mi mejilla en una cachetada fuerte y sonora.

Picaba. No miento, dolía como el demonio. El anillo de casada en su dedo anular me había roto la boca.

—No te atrevas a volver a decir eso, nunca en tu vida

—Samuel odiaría ver la persona en la que te has convertido, mamá. ¿Sabes por qué? Porque el si hubiese entendido que no es nuestra maldita culpa. Porque no me hubiese hecho guardarlo como una estúpida y porque no me hubiese lastimado haciendo que creyera que tenía que guardarlo hasta morir igual que ellos—dije, atrapando su mano cuando quiso pegarme otra vez— te amo mamá, pero esto te está dañando. No pueden mencionarlo porque eres una persona diferente. Y tienes que parar.

— ¡Vete de mi casa! — Gritó, su voz quebrándose— ¡Vete ya!

—No dejaré que sigas dañando más años de la mía por esto. Por algo que no es nuestra culpa. Y esta vez sí es nunca más.

— ¡Vete! —gritó, estirando la mano en falso cuando logré moverme y suspiré, volteándome.

No podía creer que la mujer que hace un día me había puesto una coleta porque el cabello se me veía lindo de esa forma pudiese estar aun así.

No iba a estancarme más por mi madre.

Esto tenía que parar.

La amaba, pero también tenía que amarme a mí.

Empuje a Joe por la espalda, haciendo que abriera la puerta y salí, mi corazón rompiéndose en pedazos cuando la puerta se cerró detrás de mí.

Algunas veces, el amor no era tal como lo pintaban.

FIN.